



SEMANARIO ILUSTRADO UNIVERSAL

AÑO III. TOMO V

MADRID 15 DE MARZO DE 1879

NÚMERO 10

SUMARIO

TEXTO. — Semana histórica. — Un hallazgo literario. D. Clarisel de las Flores. Libro de caballería inédito escrito por D. Jerónimo de Urrea. Por *José María Asencio*. — Recuerdos de Suiza. Lucerna y el Righi. Por *Augusto Jerez Perchet*. — Bibliografía, por *Leopoldo Bremon*. — La Russalka. (Conclusion.) Poema dramático del célebre poeta ruso *A. Pouchkine*. — El general Martínez Campos. — Almendros en flor. — Recreos infantiles. — Teófilo Braga. — Fray Joaquín Juncosa. Por *J. Fontanals del Castillo*.

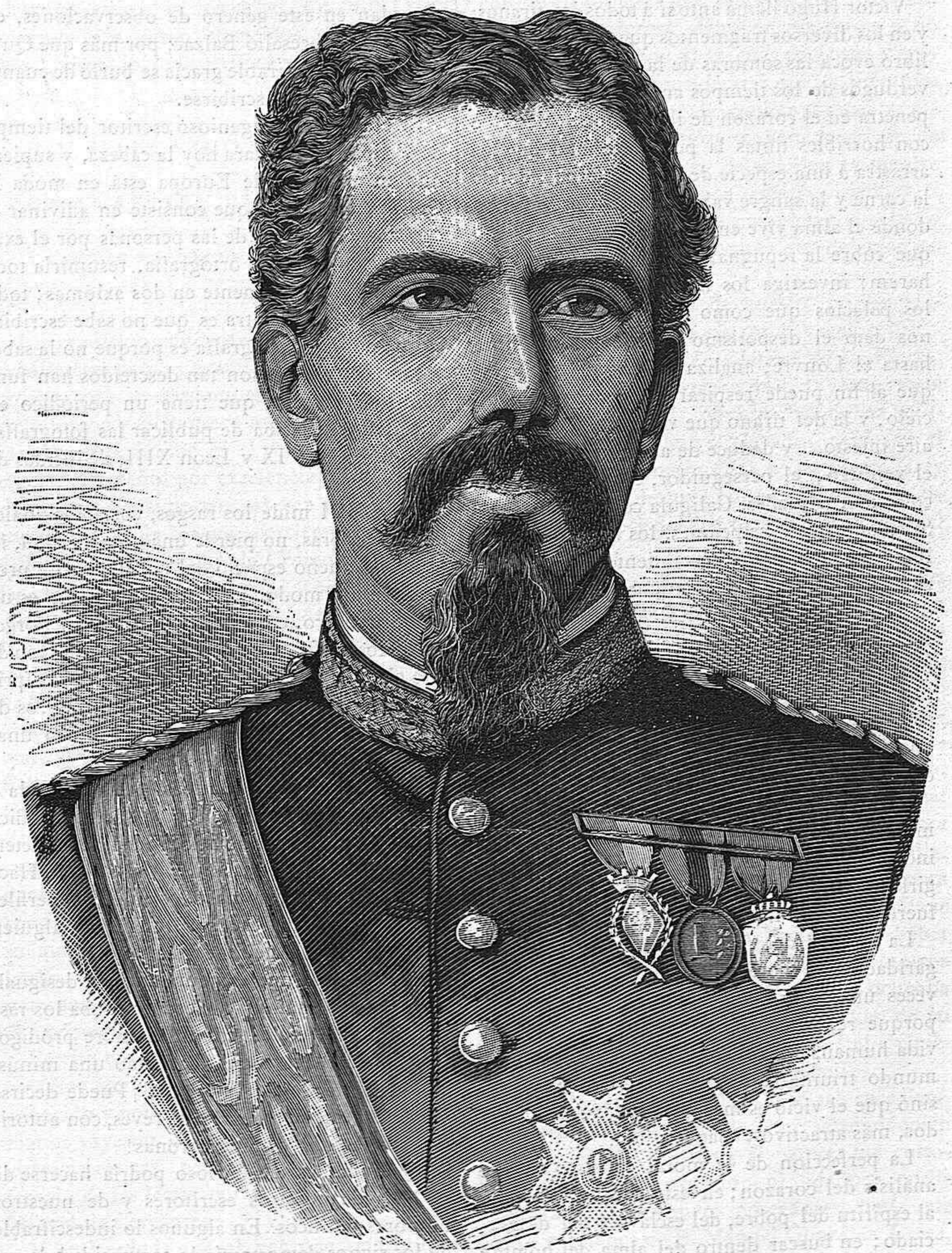
GRABADOS. — Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos. Presidente del Consejo de Ministros. — Almendros en flor. Último dibujo de *Muriel*. Grabado de *E. Vela*. — Fábrica de tabacos de Madrid. Dibujo de *G. Meléndez*. Grabado de *E. Vela*. — Costumbres contemporáneas. Vicio y virtud. Cuadro de *Hermann*. — Tipos españoles. El tragnero catalán. Tipo tomado del natural por *Gómez*. Grabado de *E. Gómez*. — Notabilidades literarias. Teófilo Braga. — Recreos infantiles. Cuadro de *Rubens*. — Pintores españoles. Fray Joaquín Juncosa.

SEMANA HISTÓRICA

Víctor Hugo ha publicado su último libro *La piedad suprema*. No sabemos á quién felicitar por esta obra: si á su autor, á la literatura, á la política ó al hombre en general, como resumen de la historia y como representante de la humanidad en las vicisitudes del mundo.

Este libro es, á nuestro juicio, la última fase de la vida poética de Víctor Hugo. La asombrosa y delirante imaginación del poeta francés se inspiró primero en las grandezas caballerescas del antiguo régimen; después en la heroica lucha de la libertad y en la dignidad humana respetada sólo en los tiempos modernos; luego en los derechos sociales, cuyo desconocimiento convierte en víctima, no sólo al hombre, sino á la humanidad. La sucesión de sus obras, desde los primeros versos hasta los *Miserables*, representa estas tres épocas de su vida, ó por mejor decir, estas tres evoluciones de su espíritu.

Los genios al fin y al cabo son hombres, y no pueden sustraerse á las influencias de la vida y de la edad. El poeta francés, deslumbrado ante lo que el Sr. Valera ha llamado los cachibaches de la monarquía, fué el niño que canta sin pensar bajo el imperio de la autoridad y de la fe; luego fué el joven admirador de las fuerzas de la vida y de los arranques generosos en la historia; después el filósofo y últimamente el anciano.



EXCMO. SR. D. ARSENIO MARTÍNEZ CAMPOS, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS

Sí; Víctor Hugo es ya un viejo; su frente está surcada por los años y su pelo encanecido por la edad y por el trabajo; y aunque el alma no envejece respecto de ciertos sentimientos en que puede conservar el vigor y la pasión de la juventud, se cambia, se purifica y tiende sus vuelos á nuevas regiones. Víctor Hugo ha llegado á esos días en que el alma se sienta á las puertas de la vida, y medita con la dulzura de la tranquilidad; así como el labrador, cansado del día, se sienta á la hora del crepúsculo, y se entrega á la reflexión serena del descanso ante las primeras sombras de la noche.

Hemos visto otros juicios de esta última obra de Víctor Hugo, hechos por admiradores suyos, que descubren en su postrera inspiración el vigor de una nueva juventud y el asombro de un corazón que late por los dolores del mundo con una generosidad propia de la primavera de la vida. Mas para nosotros *La piedad suprema* es el juicio de la historia y del hombre hecho á la última luz, cuando se perdona en vez de luchar y cuando el corazón humano se juzga desde las intimidades de una conciencia que se examina á sí misma, cuando se buscan los efectos de los hechos buenos ó malos, no en los demás, sino en lo íntimo del alma, cuando se habla en nombre de la paz del espíritu; en una palabra, cuando se compadece en vez de maldecir, y el criminal se presenta más bien como un sér desgraciado que como un monstruo.

Víctor Hugo llama ante sí á todos los tiranos, y en los diversos fragmentos que componen este libro evoca las sombras de las víctimas y de los verdugos de los tiempos antiguos y modernos; penetra en el corazón de los déspotas; describe con horribles tintas la pendiente fatal que los arrastra á una especie de antro infernal, donde la carne y la sangre valen más que el espíritu y donde el alma vive en la noche; arranca el velo que cubre la repugnante vida del sultán en el harem; investiga los horrores que envuelven los palacios que como grandes monumentos nos dejó el despotismo, desde la Alhambra hasta el Louvre; analiza la vida del proscrito que al fin puede respirar aire puro y luz del cielo, y la del tirano que vive entre sombras y aire infesto... y deduce de aquí que el déspota, el verdugo, el perseguidor, el cruel, Tiberio con sus legalidades, Calígula con sus horrores, Sila con sus proscripciones, los monarcas absolutos posteriores al Renacimiento con su derecho divino, son unos seres desgraciados, dignos de lástima, para los cuales el alma reflexiva y el corazón conmovido grita: ¡compasión suprema! ¡perdon supremo! en vez de: ¡odio y castigo!

Tal es el resumen de este libro, que ha producido tan honda sensación y cuyo juicio crítico ocupa hoy á los primeros literatos.

Para nosotros este libro es profundamente moral. Se adapta á ideas nuestras que hemos indicado alguna vez, pero cuya exposición exigiría mucho espacio y otro terreno que no fuere el de una ligera revista semanal.

La pintura del vicio que suele hacer la vulgaridad de la moral didáctica produce muchas veces un efecto contrario al que se propone; porque refiriendo la virtud y la maldad á la vida humana, se tropieza con que, no sólo en el mundo triunfa la segunda sobre la primera, sino que el vicio es más grato, más deslumbrador, más atractivo y más fecundo.

La perfección de la moral consiste en este análisis del corazón; en este consuelo llevado al espíritu del pobre, del esclavo y del desgraciado; en buscar dentro del alma del hombre que se llama infeliz en el mundo, una fuerza, una luz, una paz, que pueda inspirarle cierto

orgullo, suficiente para compadecer á los que se llaman poderosos, ricos y felices. De aquí nace, no sólo la convicción, sino la satisfacción de la virtud, y el inmenso valor de la paz del alma, superior al de todos los bienes de la tierra.

A este pensamiento responde el libro de Víctor Hugo.

*

Hubo antiguamente muchas ciencias que pretendieron conocer las cualidades del hombre por signos exteriores, buscando en ellos el reflejo del alma. Desde la quiromancia, que adivinaba los efectos por el análisis de las rayas de la mano, y que ha quedado como restos de las costumbres pasadas en el arte de decir la buena-ventura, hasta la frenología, que estudia por las protuberancias del cráneo las facultades del alma y los instintos animales, hay una gradación infinita de secretos, artes y ciencias que tienen la misma misión. Hemos leído el *Arte de conocer al hombre por el modo de ponerse la corbata* y la *Ciencia de averiguar el carácter por la complexión de las facciones del rostro*. Nuestros artistas han dado á conocer al hombre en los periódicos ilustrados, y hasta en curiosas aleluyas, por el sombrero, por el bastón, por las botas. Un escritor andaluz le retrataba por el modo de usar la capa; y otro amigo nuestro decía que sólo por el sueño podía adivinarse al hombre. Algunos creen que se revela sólo en la comida, y otros en el saludo. Los novelistas abundan en este género de observaciones, en que tanto sobresalió Balzac; por más que Quedo con su admirable gracia se burló de cuanto sobre esto pueda escribirse.

Si el satírico é ingenioso escritor del tiempo de Felipe IV levantara hoy la cabeza, y supiera que en el centro de Europa está en moda la Grafología, ciencia que consiste en adivinar el carácter y aptitudes de las personas por el examen de la letra y la ortografía, resumiría toda esta ciencia seguramente en dos axiomas; todo el que hace mala letra es que no sabe escribir: el que no tiene ortografía es porque no la sabe.

Pero los que no son tan descreídos han fundado esta ciencia, que tiene un periódico en París, el cual acaba de publicar las fotografías morales de Pío IX y Leon XIII, deducidas de su letra.

Leon XIII mide los rasgos, corta los finales de las palabras, no pierde una gota de tinta, ni el más pequeño espacio del papel, ¿podía probarse de un modo más concluyente que es un hombre severo, económico y conciso? El órgano de los grafólogos encuentra aquí la razón de que el Papa come poco, y de que haya suprimido los enormes y suntuosos candelabros de la mesa pontificia, reemplazándolos con unas pobres velas de cera.

Leon XIII escribe algunas letras, como la *d* la *q* y la *s* en dos rasgos ó veces, lo cual indica evidentemente falta de flexibilidad de carácter, que no se presta con facilidad á las curvas. Hace los gruesos con firmeza y los finales y perfiles breves y bien marcados. ¿Dudará ya alguien que tiene un carácter enérgico?

Pío IX tenía una escritura ancha y desigual; alargaba los finales y no economizaba los rasgos. No cabe duda, era un hombre pródigo. Escribía la *P* mayúscula haciendo una minúscula y poniéndola una cabeza. ¡Puede decirse más claro que se creía rey de reyes, con autoridad para quitar y poner coronas!

¿Qué análisis tan curioso podría hacerse de la letra de nuestros escritores y de nuestros hombres políticos? En algunos lo indescifrable de los signos demostraría la tortuosidad de sus procedimientos; y en otros los borrones de tinta, las manchas de sangre.

Pero ¿quién adivinaría en la letra á medio formar de Ruiz Zorrilla la energía de su carácter, en la tortuosa de Hartzenbusch su delicadeza y en las letras descomunales de Campoamor su idealismo?

Antonio Flores se ha burlado, con su constante gracia, del empeño antiguo de que la letra tuviera carácter, y creemos que hacía muy bien.

*

Los zulúes siguen siendo uno de los objetos predilectos de la conversación en Inglaterra, Portugal y Francia. La sumisión ó destrucción de ese pueblo bárbaro tiene gran importancia para la influencia de los europeos en el Sur del África.

Algo hemos dicho ya sobre esa nación, si es que puede dársele este nombre; pero vamos á procurar ampliar estas noticias. El país comprendido entre el mar y la cordillera que domina el lago Nianza está poblado por una porción de hordas salvajes, que forman tribus independientes, pero siempre confederadas para las guerras. Entre esas hordas sobresalen los zulúes, que constituyen, por decirlo así, su aristocracia física, intelectual y guerrera. De estatura gigantesca, fuerzas colosales, astucia diabólica, suma destreza en el uso de las armas y en todos los ejercicios corporales, han ido imponiéndose poco á poco á sus vecinos.

A principios de este siglo sobresalió entre ellos una especie de dictador llamado Chaka, que se apoderó del mando, reglamentó las costumbres, introdujo una táctica guerrera, mezcla de la europea y de la indígena, y procuró educar á su pueblo en la ferocidad acostumbrándole á fiestas y espectáculos sangrientos.

Así á la muerte de su madre, á quien quería con delirio, sacrificó mil soldados, que se inmolaron cantando alabanzas al dictador.

Chaka fué en aquella sociedad un gran político. Conocedor de las costumbres de su pueblo, no quiso casarse, ni tener concubinas, por el temor de que sus hijos le asesinasen para heredar el poder; sacrificio ó abnegación casi incomprendible en aquella raza que por el clima y por el hábito tiene una sensualidad excesiva. No hizo nunca la guerra á los europeos; al contrario frecuentó su trato; envió á la colonia del Cabo amistosas embajadas, y aprendió cuanto creía que debía imitar para dar fuerza á su pueblo.

Por estos medios aquel bárbaro, célibe como Alejandro, táctico como Napoleón, y aventurado en sus expediciones como Hernán-Cortés, cerrándose la retirada, hizo de una tribu un estado poderoso. Después de someter muchas hordas, conquistó el Natal, el Basuto, el Transvaal y otros países interiores.

Chaka impuso su política á sus sucesores. El actual rey, llamado Cetiwayo, tiene un ejército regular y bien armado de 40,000 soldados, y una reserva que sube á mucho más con las 35 tribus que ha sometido ó aliado á su política recientemente.

Cetiwayo, que pasa por un hombre culto y civilizado, no es ménos feroz que Chaka. Además tiene una táctica con la cual ha podido derrotar á los ingleses en su mismo cuartel general, y en un campamento atrincherado. Y tal vez habría sufrido la misma suerte todo el ejército, si la extraordinaria crecida del río Tugelá, que riega sus Estados y recoge las aguas de la cordillera del Nianza no hubiese impedido los movimientos.

La cámara inglesa ha concedido al gobierno un suplemento de 150 millones de reales para la guerra, y ha autorizado el envío de 1,500 caballos, 18 cañones y 280 carros, que se unirán

á los once batallones de infantería que, según hemos dicho, han ido de refuerzo.

Mientras tanto Cetiwayo ha conseguido cierta nombradía en la culta Europa, y que las fotografías se ocupen en reproducir su imagen colosal y las de los soldados que manda en el fondo de la Cafrería.

*

Digamos algo sobre ciencias, eligiendo, entre lo mucho nuevo que nos traen los periódicos extranjeros, lo más curioso y lo más útil.

M. Paul Bert ha comenzado una serie de delicadísimos estudios sobre el gran problema de la influencia de la luz en la vegetación, tratando de descubrir el efecto de cada uno de los colores del espectro solar. No podemos dar aquí á conocer estos experimentos que han exigido en su autor tanto ingenio como paciencia, pero indicaremos sus notables consecuencias.

La parte de luz solar absolutamente necesaria para la vida vegetal, y por tanto para la animal, es una banda que ocupa próximamente un cuarto del rojo espectral: esta parte es la que obra directamente sobre la formación de la materia orgánica, de tal manera que sin ella las plantas perecen en seguida; y si la luz del Sol sufriese alguna modificación en que perdiera este color, se acabaría la vida sobre la tierra.

Sin embargo, este color no es suficiente por sí solo: cada región ó cada uno de los siete colores del espectro solar tiene una misión propia é importante en la vida vegetal. Los rayos verdes favorecen el crecimiento, de tal modo que las plantas sometidas sólo á su acción se alargan extraordinariamente, pero con languidez y débil coloración. Los rayos más refrangibles tienen por objeto la destrucción de la tensión, y el rojo la reducción de los tejidos; resultando de este admirabilísimo conjunto de propiedades la armonía de la luz blanca, sin la cual no es posible la vida.

—El físico H. Amagat ha hecho importantes estudios sobre la compresibilidad de los gases á presiones elevadas. Nuestros lectores saben ya que en este punto se admitía como ley indudable y constante la de Mariotte, según la cual los volúmenes de los gases comprimidos están exactamente en razón inversa de las presiones. Pero esta ley, como todas las que pueden llevarse hasta lo infinito, tiene necesariamente un límite más allá del cual no se verifica, presentándose la liquefacción del gas ó siendo imposible una mayor reducción de volúmenes. Amagat ha demostrado, sin embargo, que la ley de Mariotte no es exacta en presiones superiores á 400 atmósferas; y que á la de 430 el volumen del gas es una cuarta parte mayor de lo que debía ser; correspondiendo por tanto el verdadero volumen, según la ley de Mariotte, á una presión de 100 atmósferas más.

Continuando estas investigaciones podrá descubrirse la relación matemática que expresa la nueva ley de compresibilidad para presiones de más de 400 atmósferas, completándose así esta importantísima parte del estudio de los gases.

—El excesivo consumo de papel, propio de la vida moderna, la falta y carestía de los trapos en algunos puntos, los inconvenientes que se han descubierto en el papel blanco de hilo y algodón, sobre lo cual hemos hablado recientemente, y el subido precio que llegará á tomar el papel si no se busca un nuevo elemento para su confección, han obligado á los industriales y á los hombres de ciencia á examinar detenidamente este grave problema. El papel de esparto fué un gran descubrimiento para el comercio; el de madera es el más ventajoso bajo el punto de vista higiénico, según hemos dicho hace poco; pero el primero sólo sirve para

determinados usos, y el segundo resulta muy caro.

Los escoceses empezaron á fabricar no hace mucho papel de yerba, habiendo encontrado en él tan buenas cualidades, que hoy se propone Inglaterra aprovechar para esta industria las yerbas de las colonias inglesas en el Cabo, en Australia y en Nueva Zelanda, donde crecen de un modo extraordinario, siendo la desesperación del agricultor, que no puede destruirlas ni aprovecharlas, porque no sirven de forraje. Estas yerbas adquieren el colosal desarrollo que toma la vegetación en los climas cálidos, y suelen ser muy fibrosas, propiedades útiles para la fabricación del papel.

El año pasado ha importado Inglaterra 130,000 toneladas de yerba de sus colonias, y ahora se propone emprender en gran escala esta industria, que puede llegar á ser un nuevo ramo de riqueza en la Nueva Zelanda estableciendo allí la fabricación.

Hace ya algún tiempo que el papel escocés de yerba va adquiriendo importancia en el comercio, habiendo llegado su consumo á más de 100,000 kilogramos en el último año; pero la calidad de la yerba escocesa no puede compararse á la africana del Sur, ni á la de Nueva Zelanda, sobre todo: es una yerba floja, poco fibrosa y demasiado hidratada; de modo que el papel fabricado con ella carece de resistencia, y exige mucha pérdida en la desecación. Los pueblos más atrasados, los cafres, los zulúes y los australes nos darán elementos para hacer el papel, símbolo de la civilización.

UN HALLAZGO LITERARIO

DON CLARISEL DE LAS FLORES

LIBRO DE CABALLERÍA INÉDITO

ESCRITO POR DON JERÓNIMO DE URREA

I

La erudición moderna divide la literatura caballeresca para su estudio en tres grupos principales, que se denominan ciclo carlovingio, ciclo breton y ciclo greco-asiático ó galo-greco. De ellos este último es el verdaderamente nacional, el español por excelencia; pues aunque desde fines del siglo XIII, tal vez en los primeros albores de la lengua, corrieran ya romanizados y fueran comunes la *Crónica de Turpin*, las *Aventuras de Lanzarote*, y el *Baladro de Merlin* con la *Demanda del santo Grial*, los libros de caballería genuinamente españoles comienzan en Amadís de Gaula, cuya historia era ya conocida en tiempo del rey D. Pedro I, y abrazan los Esplandianes, Palmerines y Primaliones, Tirante el Blanco y el caballero del Febo, cerrando el palenque D. Jerónimo de Urra con su *D. Clarisel de las Flores y de Austrasia*; no porque sea el último de ellos que se escribiera, sino porque será el postrero en darse á conocer, ya que por extraña fortuna ha permanecido inédito, á pesar del renombre de su autor, tan conocido en la república de las letras por su traducción del *Orlando furioso*; y se conserva íntegro en su mayor parte á través de peripecias y vicisitudes adversas.

Escrito desde mediados del siglo XVI, aparecerá hoy con doble interés, por bueno, por desconocido y por curioso, cuando todos sus hermanos cayeron en olvido hace siglos, y desaparecieron casi por completo, arrojados del templo de las letras por el inflexible látigo de Miguel de Cervantes.

Y en verdad, que al ver que imprimimos ahora este libro, resucitando en el cuarto postrero del siglo decimonono la literatura que

formaba las delicias de los españoles en el decimoquinto, y que yendo ya de caída al finalizar el siguiente, recibió el golpe de gracia por mano del ingenio más original que han producido las letras en todas las edades, podrá tacharse por muchos de empresa atrevida, y no pocos la calificarán de temeraria.

Más no llegan á tanto nuestros propósitos.

Es la literatura en todas sus fases fiel trasunto de la sociedad que la produce; en el espejo de los libros vemos y estudiamos á los hombres de las pasadas épocas con tanta fidelidad como en el más acabado retrato; que si la historia nos enseña los cambios, vicisitudes y peripecias de la vida civil, los trastornos políticos y sociales y la existencia pública de un pueblo; la poesía nos descubre los sentimientos de los hombres en el mismo período, y las obras de entretenimiento al manifestarnos sus gustos, sus creencias, sus aspiraciones, pintan las costumbres y la manera de ser con mayor claridad que el más severo moralista. Cada siglo, por lo tanto, tiene su literatura especial á la que imprime carácter, que se desarrolla conforme al grado de cultura que alcanzan las sociedades y en la forma y estilo que es más del agrado de los autores.

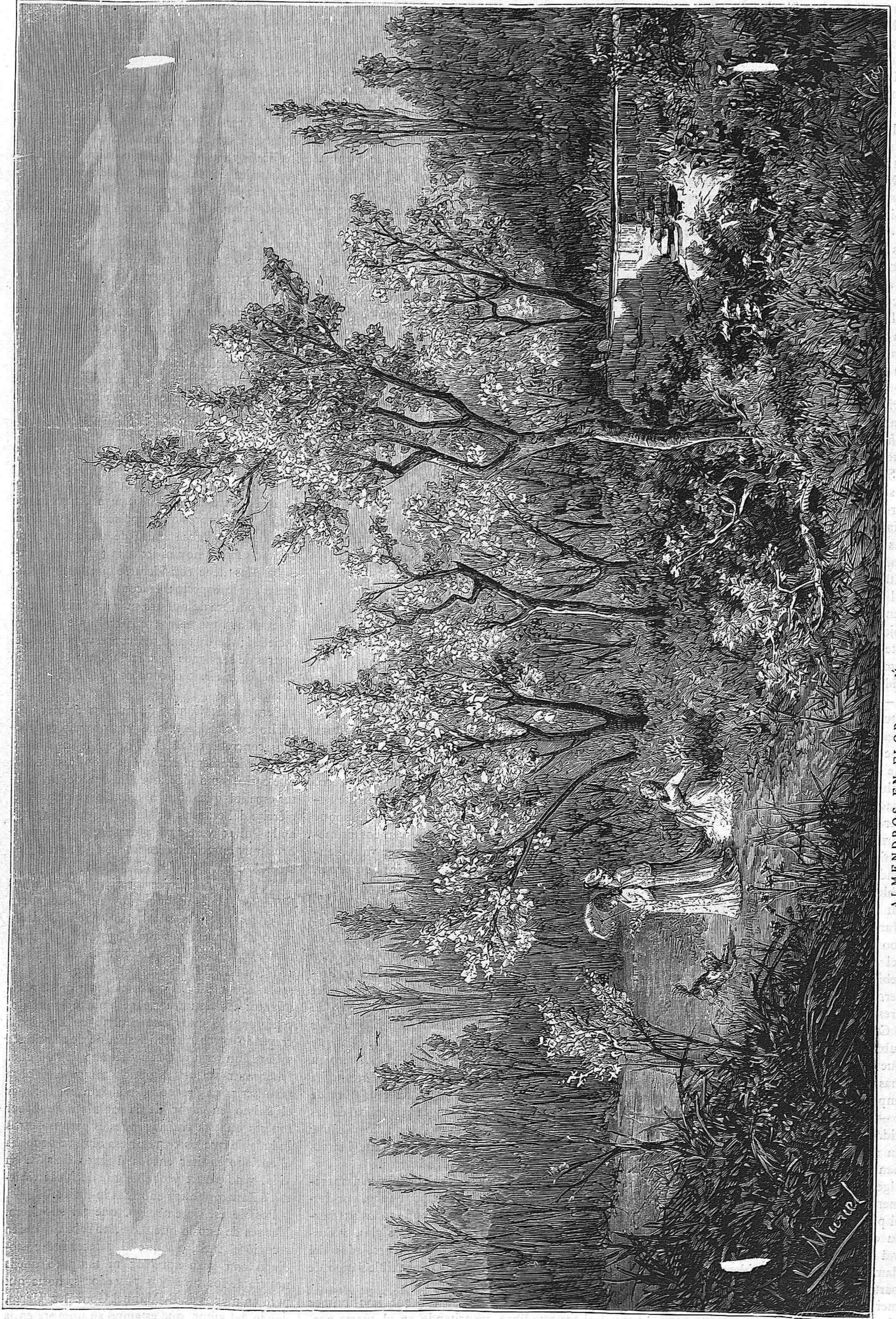
Bien se nos alcanza que en tales premisas se fundaría el cargo de que es empeño temerario el de presentar á los ojos de la sociedad moderna libros que eran el encanto de los españoles de hace trescientos años, cuya lectura murió con las costumbres que representaba, y bajo el peso de la poderosa sátira de un genio, y no podrán sufrirla hoy ni los más pacientes y eruditos. Mas debe considerarse que la literatura tiene doble aspecto; la contemporánea es reflejo y pintura de nuestra manera de existir, de las pasiones que más se desarrollan en nuestra sociedad; pero la antigua conserva siempre el interés de servirnos para completar el estudio de la historia bajo el concepto que dejamos indicado.

Pero nos desviamos de nuestro primer propósito en consideraciones muy vagas, y debemos concretarnos á *D. Clarisel de las Flores*.

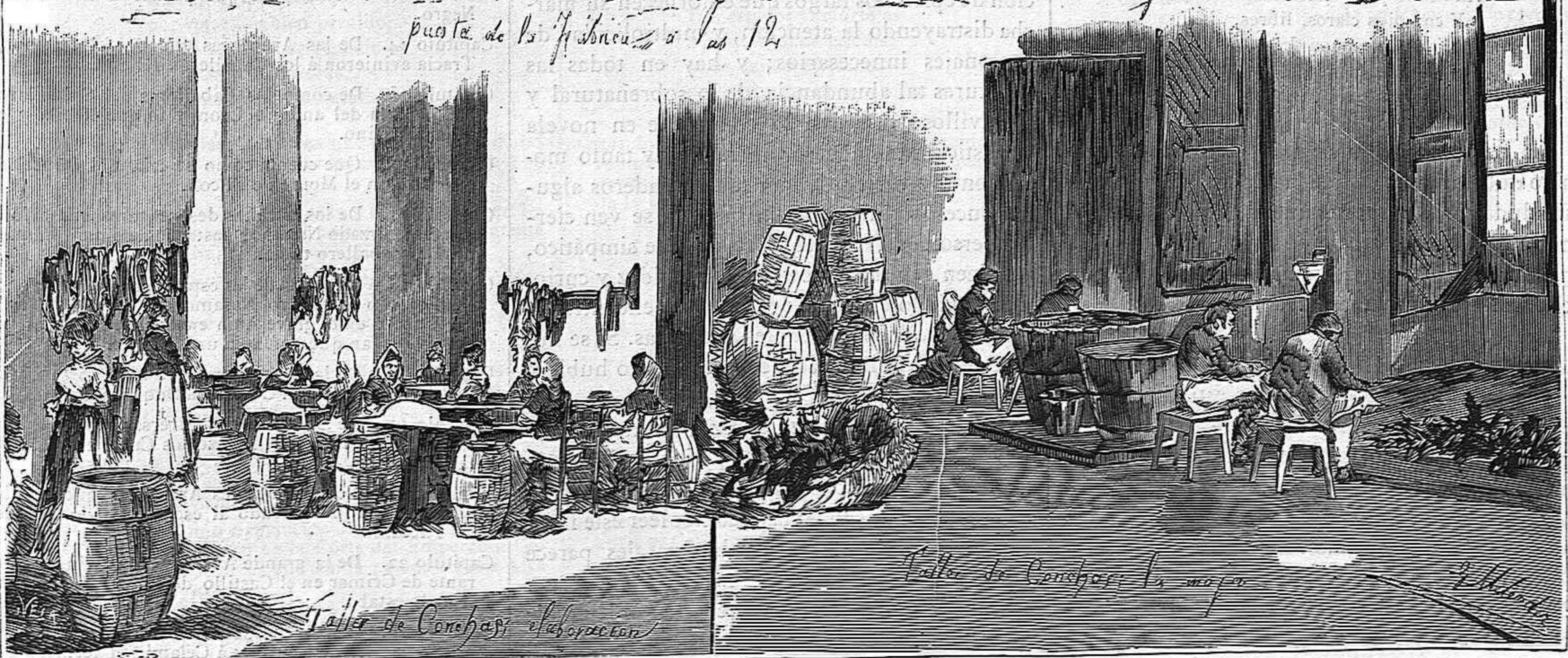
Verdaderamente extraña ha sido la suerte de este curiosísimo MS., obra inédita de un militar español que obtuvo elevados cargos en el ejército del emperador Carlos V, y fué su virey en la Pulla; y de cuya pluma se conservan libros muy apreciados en nuestra literatura del siglo de oro.

Siguiendo las opiniones casi unánimes de sus biógrafos, pues documentos no se conocen hasta hoy públicos ni privados, nació D. Jerónimo de Urra, vástago ilegítimo de ilustre rama, en la villa de Epila por los años 1512 ó 1513, y falleció después del de 1573 á los sesenta de su edad. Consta el lugar de su nacimiento: el de su muerte permanece ignorado, conjeturando unos que ocurrió en Zaragoza; creyendo otros que en Italia, de donde nunca saliera aún terminado su vireinato de la Pulla. El encontrarse los tres grandes tomos de su obra manuscrita en Zaragoza, podría hacer inclinar el ánimo en favor de la opinión de haber muerto en esta ciudad; pues es para nosotros indudable que en corregir esa obra se ocupaba el anciano militar en los últimos días de su vida, y no parece probable que de Italia vinieran á Zaragoza estos enormes in-folios.

Posible es, sin embargo, que tal sucediera. Más sea de esto lo que fuese, no sabemos quién recogió el MS., aunque al parecer fué custodiado con gran aprecio; ni tampoco queda noticia de los sucesivos poseedores, hasta que paró en manos de D. Manuel González Urra, deudo del autor, que estampó su nombre en la primera hoja.



ALMENDROS EN FLOR — ÚLTIMO DIBUJO DE MURIEL. GRAVADO DE E. VELA



MADRID. — FÁBRICA DE TABACOS. — DIBUJO DE G. MELÉNDEZ. GRABADO DE E. VELA

Conocida era, no obstante, su existencia. Historiadores aragoneses han hecho mencion especial de este libro, demostrando el aprecio en que era tenido. El cronista D. Juan Francisco Andres y Ustarroz, en su *Aganipe de cisnes aragoneses*, decía:

Clarisel de las Flores
Contiene suavísimos amores

y Latarsa lo juzga con encarecimiento como libro de caballerías y aventuras, que puede competir con *Amadis* y con el *Caballero del Febo*.

A fines del siglo XVIII era poseedor de los tres volúmenes que componían la obra el presbítero D. Manuel Tunno, canónigo penitenciario de la Seo de Zaragoza, ignorándose por qué medio, ni en qué año pasó á formar parte de la Biblioteca de la Universidad; pero ya en ella sólo pudieron ver los aficionados los tomos segundo y tercero, pues el primero había desaparecido, sin saberse si ántes de pasar á la Universidad, ó despues cuando en el sitio de la inmortal ciudad por los franceses fué ocupado militarmente el edificio, lo cual parece más probable.

En el año de 1850, el más renombrado de nuestros bibliógrafos, D. Pascual de Gayángos, á su paso por Zaragoza examinó aquellos libros con la curiosidad y el interes del verdadero inteligente; tomando nota que despues incluyó entre sus *adiciones* al tomo II de la *Historia de la literatura española*, por Mr. W. Ticknor. Su juicio es el siguiente:

» En la Biblioteca de la Universidad literaria » de Zaragoza se conservan dos tomos en folio » de letra de Jerónimo Jiménez de Urrea, y son » el 2.º y 3.º de un libro de caballerías intitulado á lo que parece *D. Clarisel de las Flores*. » El segundo empieza de esta manera: *De lo que avino al caballero indiano con unos caualeros que dél profaçaban, y de la cruda y espantosa batalla que con Celadonte el silvano huvo.* — Es uno de los libros más notables que se han escrito en su género, y tiene trozos que interesan verdaderamente: el estilo es puro, castizo y suelto, y los versos bastante buenos para figurar en el *Cancionero general*. » Sirvan de muestra los siguientes:

«Faz, Amor, lo que quisieres,
Por fuerza ó por traycion;
Que mi vida está en mi mano,
Miedo non te tiene, non.
No tienes que ver en ella,
Que se rige por razon,
E si é de tomar amores
An de ser por eleccion.
Y con ojos claros, libres,
Seré amador sin amor,
O galan enamorado
Libre é quito de pasion.»

La recomendacion de tan ilustrada persona hizo doblemente sensible la pérdida del tomo I, sin duda el más interesante de todos para conocer la fábula; pero desde la invasion francesa hasta el año 1870 nadie había podido dar con el extraviado manuscrito.

II

Juzguen los aficionados á los estudios literarios la sorpresa que nos causaría encontrar en poder de una persona muy docta, y de toda nuestra confianza, el tomo I de *D. Clarisel de las Flores*, libro que á primera vista tenía todos los caracteres de original.

El Sr. D. Francisco Caballero Infante y Zuazo, que es el amigo á quien aludimos, acababa de adquirir aquel tomo MS. con otros varios libros, de un chalan ó revendedor, y en una corta cantidad. Como de la obra de Urrea habíamos hablado en muchas ocasiones, tuvo sin-

gular complacencia en anunciarme la adquisicion; y desde luégo convinimos en que se hiciera enumerada copia, y se imprimiera como preciada joya en la coleccion de los *Bibliófilos andaluces*, encargándose el mismo dueño del MS. de escribir el estudio que debía acompañarle.

Visicitudes posteriores han hecho que el señor Caballero Infante no pueda cumplir su compromiso; pero no por eso es ménos digno de consignarse en este lugar el recuerdo como tributo á su generosidad é ilustracion.

El libro de *D. Clarisel de las Flores y de Austrasia*, cuyo tomo primero podemos ofrecer hoy á los curiosos por tan feliz casualidad, cuando se le estimaba irremisiblemente perdido, constaba á la muerte de D. Jerónimo de Urrea de tres volúmenes en folio, todos escritos á dos columnas de letra muy menuda; copia hecha á no dudar bajo la direccion del autor y por sus originales, corregida de puño y letra de aquél, y puestos tambien por él mismo los epígrafes de algunos capítulos, que faltarían en el borrador y no pudo copiar el amanuense.

Este tomo primero consta de 398 hojas y 1590 columnas. Está dividido en 92 capítulos, y al final, en el resto del último folio, dice: — *Fin del libro primero* — línea que inútilmente se ha tratado de borrar raspándola; tal vez para ofrecer en venta el volúmen como obra completa.

En la hoja primera tiene escrito el título en renglones seguidos, sin figurar portada, faltando de él algunas letras por haber traspasado la tinta el papel en varios sitios; pero puede leerse sin dificultad: — *Primera parte del libro del Invencible cauallero D. Clarisel de las Flores y Austrasia, compuesto por D. Jerónimo de Urrea cauallero aragones.* Un poco más abajo hay una firma de letra muy clara y gallarda que dice: — *Es de D. Manuel González de Urrea.* — Siguen luégo siete hojas en blanco destinadas sin duda para contener el Prólogo, ó las composiciones laudatorias, y en lo alto de la octava empieza el *Capítulo I*, con su epígrafe, sin encabezamiento general, ni repeticion del título, ni cosa alguna.

En cuanto al juicio del libro lo creemos ahora innecesario, porque ya dejamos consignado el de una persona tan competente como el Sr. Gayángos, y ademas va á entrar en el dominio público por medio de la estampa.

Tiene todos los defectos de los de este género en cuanto al desarreglo de la accion, aglomeracion de episodios largos que entorpecen su marcha distrayendo la atencion, y multiplicidad de personajes innecesarios; y hay en todas las aventuras tal abundancia de lo sobrenatural y maravilloso que casi lo constituye en novela fantástica. Mas á pesar de esto, hay tanto movimiento y variedad, son tan verdaderos algunos sucesos, y tan bien delineados se ven ciertos personajes, que el libro se hace simpático, y se leen capítulos enteros con avidez y curiosidad guiado el lector del deseo de encontrar el fin de aquellas inacabables aventuras. Si se hubiera dado á luz en su tiempo, el éxito hubiera sido extraordinario.

Su lenguaje es fluído, castizo, gráfico; su estilo animado y pintoresco; rico y lleno de flexibilidad en ocasiones, siendo lo que más contribuye á que todavía podamos leer este libro con algun interes. En muchos pasajes parece que leemos al precursor del *Ingenioso Hidalgo*: trozos hay que nos llevan á recordar el lenguaje que usaba *D. Quixote* en sus desvaríos; y en muchos lugares asalta la tentacion de creer que *Cervántes* conocía la obra de Urrea, y parodiaba algunas de sus páginas, ó recordaba

algunos lance para hacerlos objeto de su censura.

Perdido por tanto tiempo este volúmen que contiene la primera parte de la obra de Urrea, terminaremos dando conocimiento á los lectores del índice de sus capítulos, y copiando en cada uno de ellos los versos que contiene, que no son muchos, por desgracia; porque no solamente los conceptuamos como nuestro docto amigo Gayángos dignos de figurar en el *Cancionero general*, si no iguales á lo mejor que en esto se contiene y á todo lo mejor que en el antiguo arte de coplas castellanas tenemos en nuestra literatura.

El libro tendrá muy luégo la debida publicidad y será objeto de los estudios de nuestros críticos; miéntras tanto valga esta noticia para satisfaccion de los aficionados, y esa muestra para avivar la curiosidad de conocer el último y quizá el mejor de todos los libros de caballerías.

Primera Parte del Libro del Invencible Caballero Don Clarisel de las Flores y de Austrasia, compuesto por Don Jerónimo Urrea, Caballero Aragones.

Capítulo 1.º Que trata de la genealogía de los Reyes de Austrasia y Sitio de aquella Provincia y del Nacimiento de los valerosos Príncipe Argesilao y Infante Prothesilao de Austrasia su hermano.

Capítulo 2.º De lo que avino á el Infante Prothesilao yendo con la doncella con unos caballeros que encontró en el camino.

Capítulo 3.º De lo que avino al Caballero del lebril y cómo la doncella le contó la aventura que iba á dar cima.

Capítulo 4.º De lo que avino al Príncipe Argesilao que seguía la doncella que á pié lo guiaba.

Capítulo 5.º Como Argesilao libró un caballero que el Jayan Follon tenía preso para atormentar y quien era.

Capítulo 6.º De lo que avino á Gelismundo y á Argesilao en el Castillo de Gastanes.

Capítulo 7.º Como los Príncipes Gelismundo y Argesilao saliendo del Castillo de Gastanes fueron á acorrer á un Caballero y no llegaron á tiempo y quien era.

Capítulo 8.º De las malas nuevas que yendo con Gelismundo Argesilao le contaron en el camino y de su casamiento.

Capítulo 9.º De la aventura que ovo el Doncel de las flores.

Capítulo 10. Por cual Aventura salió el Doncel no conocido de la Côte del Rey Argesilao de Austrasia.

Capítulo 11. De como Armantes dió fin al cuento de la Aventura del Castillo Negro.

Capítulo 12. De lo que mas avino á los Caballeros verdes en el Castillo de Melagro el desamorado.

Capítulo 13. Que cuenta lo que mas avino á los Caballeros verdes despues que partieron del Castillo Negro.

Capítulo 14. De las Aventuras que por el camino de Tracia avinieron á los Caballeros del Sol.

Capítulo 15. De como los Caballeros del Sol fallaron la Aventura del antiguo Leon y lo que en ella y en otras les avino.

Capítulo 16. Que cuenta como se criava el Doncel no conocido en el Monte de Elicon.

Capítulo 17. De las estrañas desaventuras que avinieron al esforzado Nasamor bastardo de Tracia llamándose el Caballero triste.

Capítulo 18. Que trata de las espantosas Aventuras que el esforzado Caballero Nasamor bastardo de Tracia dió cima, y en el grave Afan en que se vido con un esquivo jayan que defendía una Fuente.

Capítulo 19. De la Desventura que en amores el Caballero triste houo en Casa de la Duquesa de Thesalia.

Capítulo 20. De las grandes y diversas aventuras que salidos del Alberque Amoroso los Caballeros del Sol fallaron.

Capítulo 21. De las Notables Aventuras que á Filorante avinieron siguiendo al escudero de la Duquesa de Thesalia.

Capítulo 22. De la grande Aventura que avino á Filorante de Crimar en el Castillo de Filotea, donde mal llegado estaba.

Capítulo 23. De las sabrosas Aventuras que avinieron á D. Gelander de Ungria y á Celamir el fermoso que en pos del Caballero que los guiaba iban.

Capítulo 24. Que trata la estrañeza con que vino á la Côte el doncel, no conocido, y como recibió la órden de Caballería por mano del Emperador Gelismundo.

- Capítulo 25. Como los Caballeros noveles y otros se perdieron en la Aventura de la estraña maravilla, y como entró en ella el doncel no conocido.
- Capítulo 26. Como estando el Emperador y Emperatriz á la siniestra del Palacio pavorosos por el fuerte bramido del leon vieron venir por el mar la mayor estrañeza que se nunca vido.
- Capítulo 27. Que cuenta lo que avino en la Côte del Emperador Gelismundo otro dia despues que la princesa felisalva fué desencantada.
- Capítulo 28. De la Aventura que á la Côte vino.
- Capítulo 27 (es 29). De como la Doncella Celeria trujo á la Côte del Emperador Gelismundo al su Caballero de las posmas y lo que en las justas avino.
- Capítulo 30. Que cuenta como el Caballero escogido de las Palmas entró por los mármoles de la morada de Enone á ganar el arco de Paris.
- Capítulo 31. De la gran aventura que el Caballero de las Penas falló estando una noche sobre unas rocas que al mar daban lamentándose del crudo Amor y las Razones que oyó á un Caballero que en un vatel por el mar venia.

ROMANCE

Suaves y frescos vientos,
que moveis las olas mansas
llevad os ruego mis quejas
al que mis suspiros causa;
Decidle que ellos ardiendo
os encienden y os ensañan,
y estas mis lágrimas tristes
aumentan las frescas aguas,
y por tierra y mar ardiendo
le voy buscando con ansia,
bramando como la sierva,
que busca la fija amada,
por los espesos boscajes,
por las húmedas cañadas,
sin gustar la tierna yerba,
sin beber en fuente clara,
sin temor de ser ferida
de la flecha enerbolada.
Decidle que se acuerde
cuando conmigo folgaba
glorioso, ledo y contento
recostado en la mi falda,
del juramento que hizo
sobre la cruz de su espada,
que solo mi amor sería
el regalo de su Alma.

- Capítulo 32. Que trata de las aventuras que al Caballero de las penas avinieron.

CANCION

Partido te fué ser ciego,
que si lo que ví miraras
ciego como yo quedaras.
Si la vieras cual la ví,
vieras en ella lo que eres
y las armas con que tienes
amoladas contra tí.
Fuera peor para mi,
Amor, si tú la miraras,
que para tí te guardaras.
En mas te hovieras tenido
si tu retrato allí vieras,
mas amor que has sido fueras
por verte tambien perdido;
vieras te de amor vencido
si vieras y la miraras,
y fueras amor y amaras.

- Capítulo 33. De las Aventuras que el Caballero de las penas falló yendo con la Infanta desatalia y como topó con el doncel flordanis.
- Capítulo 34. De lo que mas avino al Caballero de las Penas y como supó la mala costumbre que mantenía el desemejado Nabuhardan el Velloso.
- Capítulo 35. Que cuenta como el caballero de las Penas subió al castillo del fiero Nabuhardan el Velloso y con el flordanis príncipe de Nápoles y lo que en el les avino.
- Capítulo 36. Como el Caballero de las Peñas despues que hovo la admirable vitoria del Jayan libró los presos y á quien falló entre ellos.
- Capítulo 37. Como el Caballero de las Peñas armó Caballero á Flordanis del brazo Velloso Príncipe de Nápoles y de las grandes aventuras que á este príncipe flordanis avinieron.
- Capítulo 38. Como el Príncipe Flordanis y la Infanta su hermana entraron en la Côte del Emperador Gelismundo y las razones que con la princesa Felis Alva y Leoniselda pasó.
- Capítulo 39. De como el Caballero de las penas topó en el camino con dos doncellas que les contaron fermosos cuentos y la aventura que con dos caballeros les avino.
- Capítulo 40. De la mala andanza que avino á las doncellas que iban á la flor amorosa y lo que aconteció al caballero de las Penas con las guardias de ellos.

- Capítulo 41. Como el caballero de las Penas acabó el combate de los tres valientes caballeros que guardaban el cercado de la flor amorosa y como los venció y ganó las flores.
- Capítulo 42. Como el caballero de las penas falló por gran aventura la Carrera del Castillo del Jason y como subió al gran Castillo donde falló maravillas y vido el sacrificio de amor.
- Capítulo 43. De como el Caballero de las Penas y su Compañia partieron del Castillo de Jason, y como el de las Penas albergando la noche en el Campo pasó por ante él un caballero Razonando entresi y como fué en pos de él y la estraña aventura que falló.
- Capítulo 44. De como el caballero de las Penas apostó á una fuente donde falló un Caballero durmiendo y la cruda y espantosa batalla que con el hovo sin le poder vencer.
- Capítulo 44 (duplicado). Que cuenta por cual aventura Albasilvio aportó á la fuente donde combatió con el caballero de las Penas.
- Capítulo 45. Como el caballero de las Penas caminando para la fuente de el antiguo leon con sus doncellas toparon en la carrera acasilano el solo que andaba en busca de sí mismo y como entró en la fuente y ganó la espada y mató al fiero leon que la aguardaba.
- Capítulo 46. De la venida á Grecia del bravo y temido caballero Rubaconte el citarco Infante de tolo mayda y de la presa Deidenia y encantamiento de el caballero de las Penas.
- Capítulo 47. De la burla que Deidenia á surinaco hizo y como Rubaconte prendió á la Infanta de Satalia y Belerin y Galiana y Deidenia.
- Capítulo 48. De la nueva y estraña maldad que el marques Argileo de Itaca hizo en la persona del buen Artemidoró hijo del duque de Fermópolis por amores de Aquilina la hermosa hija del Duque de Durazo.
- Capítulo 49. Que trata lo que Deidenia hizo despues que se vido presa en poder de Rubaconte el citarco.
- Capítulo 50. De como Deidenia falló nueva de su hermana en la gran breña y de á cuan espantosa aventura dió cima.
- Capítulo 51. De la pompa y solemnes obsequios que en Londres celebraron á la cabeza de Diolo de brumidan hermano de Deidenia y como pasó en españa y lo que en la Corte del Rey manolan de Lusitania lea vino; etc.
- Capítulo 52. Que como por fortuna que hovo en el mar Deidenia aportó al puerto del estrangero llanto y la fuerte aventura que en el falló.

ROMANCE

En el fondo de las aguas,
en su mas remoto centro,
aquejados van los peces
en fuego de amor ardiendo.
Por las asperas montañas
al sol, á la sombra y hielo,
los toros, tigres, leones,
braman de amores muriendo.
En sublimados palacios,
en pobres casas y templos,
no hay corazon tan de piedra
que de amor se vaya exento.
No perdona edad ni estado,
ni anciano acata ó mancebo,
y en la region de los aires
tiene tambien largo imperio.
Las libres aves enciende
en su mas sublime vuelo,
y arriba su presuncion
fasta los dioses del cielo.
Los estados inmortales
á su ley están sujetos;
solas damas africanas
se van burlando y riendo.

- Capítulo 53. Como por notable descuido Deidenia rompió su preciada arpa y como el Caballero de las penas combatió con su mortal enemigo el Caballero de la favorable fortuna.

Á muy mal tiempo has venido
tristeza á me tristecer,
que me has traído el placer.
Tú ya no me satisfaces
pues que venir te he sentido,
mas en fin tristeza ha sido
ver que triste no me haces;
Tristeza, pues que me place
debe ser algun placer,
que tristeza solia ser.

- Capítulo 54. De la esquiaba y terrible batalla que pasó entre el Caballero de las penas y el furioso Rubaconte, con otras cosas.
- Capítulo 55. Como el Caballero de las Penas envió con Deidenia presentados á la princesa Felisalva Rubaconte Citareo y la infanta de Satalia, con el carro triunfal y prisioneros y como topó al caballero á quien quitara la lanza.
- Capítulo 56. De como el Caballero de las Penas y el Caballero sin nombre fallaron á la ferrosísima Altinea, reina de Lituania.

- Capítulo 57. De lo que en estos tiempos pasó en la Côte del emperador Gelismundo que partia para el bosque sin ventura y soto de la discordia.
- Capítulo 58. Como la princesa Felisalva y la infanta Leoniselda fallaron entre unos árboles lamentándose á la hermosa reina Altinea y del gran afan en que la princesa se vido con horizonte el transilvano.
- Capítulo 59. Que cuenta las buenas andanzas que don Silvan el pensativo y Victorino el generoso, y Pene-lerno con sus señoras hovieron, y como arribó á las fuentes donde el Emperador y su corte era Deidenia con el suntuoso presente de Rubaconte y la infanta Dulcemar, y como lo recibió la princesa Felisalva.
- Capítulo 60. Que trata como vino la ferrosísima Altinea reina de Lituania á la corte del emperador Gelismundo con otras cosas agradables.
- Capítulo 61. Que cuenta las razones que entre la princesa Felisalva y la reina Altinea pasaron con otras cosas.
- Capítulo 62. Como el Emperador y Emperatriz arribaron al sepulcro venturoso y de las doncellas que ganó el Caballero de la muerte y la venida del Caballero atrevido.
- Capítulo 63. Como vino un Caballero laco á donde el Caballero de la muerte estaba y la mala andanza que con el le avino.
- Capítulo 64. Como la princesa Felisalva y hermosa reina Altinea con todas las doncellas fueron á ver el sepulcro venturoso.
- Capítulo 65. Como se provó la aventura de los mármoles de Paris y lo que en la prueba avino.
- Capítulo 66. Como la princesa Felisalva y Reina Altinea con todas las Infantas entraron por los mármoles de Paris y quien fué la que ganó el pomo de oro y como vino el caballero atrevido y ganó el arco de Paris y lo que con la princesa le avino.
- Capítulo 67. De lo que se pasó despues que la princesa Felisalva salió de los mármoles de Paris victoriosa con el pomo de oro.
- Capítulo 68. De la partida de la Reina Altinea y preciados Caballeros de la Côte y otras cosas agradables.
- Capítulo 69. Que trata de un grande aleve que el soberbio Figranés en un tálamo á la desposada hizo, y como la vengó el Caballero atrevido con otras cosas agradables.
- Capítulo 70. Que cuenta como el Caballero Atrevido arribó á una gran Villa donde vivia Figranes y de lo que con él y Armindo le avino.
- Capítulo 71. Del gran afan en que á el Caballero atrevido puso la hermosa Arminda, y como le acorrieron cuatro caballeros y quien los caballeros eran.
- Capítulo 72. Que cuenta como el Caballero atrevido y su compañia encontraron una doncella que les avisó como Jurinaco el pavoroso aguardaba á un paso á la Reina Altinea y como la prendió y lo que sobre este avino.
- Capítulo 73. Que cuenta lo que con la Reina Altinea avino al Caballero atrevido y su compañia y como ganaron el castillo de Vermonte donde Jurinaco recogido se habia.
- Capítulo 74. Que trata como el Caballero atrevido y su compañia arribaron á la fértil Ribera de el Famoso Peneo y como fallaron el ave engañosa y fuente del duelo y de las maravillas que en ella se vieron.
- Capítulo 75. Que cuenta quien era el Feroso Caballero amante de Felisena y de lo que de ellos avino, con otras cosas.
- Capítulo 76. Como el Caballero atrevido entendiendo que los Duques de Franconia y Pomaria eran en grande estrecho por el gran poder que sobre ellos de los Duques de la Tornisia les vino y como les fué á servir.
- Capítulo 77. De las estrañas novedades que un hombre bueno señor del albergue en Maguncia le contó y como tomó el camino de aquí grana donde estaba una además peligrosa y estraña aventura y lo que le avino.
- Capítulo 78. Que trata como el Caballero atrevido falló los palacios de la hada silvana y la hermosa manera que tuvo para dar en aquella aventura.

CANCION

No querais mas ver, mis ojos,
De lo que delante veis,
sino siempre llorareis.
No mirais un caballero
el mejor de los mejores,
si yo é de tomar amores
él es como yo le quiero.
¡Ay! que ya de amores muero!
ojos, del sí os aparteis
sino siempre llorareis.

- Capítulo 79. Que trata como salidos el Caballero atrevido y don Gallardo de los palacios de la hada Silvana. Fueron al dudarle paso del castillo de bona y como combatió don Gallardo con el desemejado jayan astrimoni el tartamudo y lo que mas avino.
- Capítulo 80. Que trata de las fiestas que en Colonia se hicieron y lo que en ellas pasó.
- Capítulo 81. Que trata de un gran pesar que Belerin por hacer bien á su Señor le hizo con otras cosas.
- Capítulo 82. Que cuenta como apartaron el Caballero atrevido y don Gallardo y como el Atrevido pasó en Italia y lo que en un desierto Puerto de liguria se avino.



Capítulo 83. De las peligrosas y orendas aventuras que en el mar al caballero atrevido avinieron.

Capítulo 84. Como el Caballero atrevido por salvar á la Reina y fué Gurion se perdió en los navios de el fuego y lo que avino á la Reina. Belem y Deidenia y Fulgurion.

Capítulo 85. Que trata lo que avino al Caballero de las armas de oro con la doncella mal acondicionada.

Capítulo 86. Que trata lo que mas al Caballero de las armas de oro con la doncella mal acondicionada avino y como arribó á las Torres de Filomena y de el extraño cuento que Floriselda le contó de el príncipe de Dinamarca Celandonte Cerilvano.

Capítulo 87. Que trata como Floriselda contó al Caballero de las armas de oro el fecho que contar no quiso Archidiana la doncella mal acondicionada y como arribaron á una devota casa de beatas y á quien en ella al punto de la muerte fallaron.

Capítulo 88. Que trata como el Caballero de las armas de oro falló la fuente de Bilblis á gran afán y las maravillosas cosas y peligros que falló y venció.

Capítulo 89. Que cuenta como el Caballero de las armas de oro dió cima á las aventuras de la fuente de Biblis y el extraño caso que con las aguas le avino.

Capítulo 90. Que cuenta como vinieron al Castillo verde tres caballeros á ver el famoso que lo había ganado y quien estos eran con otros fechos.

Capítulo 91. Que cuenta los amores de D. Charlantes y Clorisea con otras cosas.

Capítulo 92. Que cuenta las Cortes que tuvo en la Ciudad de Alepo el gran Deotolin y del poderoso ejército que sobre Grecia trajo y las provisiones que el emperador Gelismundo fizo.

JOSÉ MARÍA ASENCIO.

RECUERDOS DE SUIZA

LUCERNA Y EL RIGHI

I

A las siete y ocho minutos de la mañana salimos de Zurich para Lucerna.

El tren se abre paso á través de fértiles campos, embellecidos con pueblos, fábricas, verjeles, jardines y casas aisladas que ocupan las llanuras, ó se esparcen en las colinas, ó trepan por las vertientes de las montañas.

Parten en todas direcciones caminos anchos, senderos perfumados y ondulosos, y elévanse á lo léjos formidables cumbres revestidas de nieve.

Llegamos á Zug, capital del canton de este nombre, y admiro á un tiempo la fertilidad de su suelo y la hermosura de su lago.

La ciudad es un pequeño retiro donde imperan la paz y el reposo. Murmuran de continuo las frescas fuentes de sus calles, y al observar el silencio de la poblacion y al ver sus construcciones góticas y severas, sus murallas y sus torres, fácilmente cree el espíritu en sus divagaciones poéticas, que tiene delante la petrificación antigua de una obra abandonada, ó el alcázar misterioso de las ondinas del lago.

Las aguas de éste son muy oscuras, quizá porque reflejan las montañas cubiertas de una vegetacion robusta, verde y sombría; pero de todas maneras el lago tiene su carácter propio, su encanto exclusivo, que se traduce por los rasgos de la melancolía y del romanticismo.

Cuando el silbato de la locomotora dió la señal de partir, lamenté con toda mi alma la brevedad de nuestra parada en la estacion de Zug; unos pocos minutos no son bastantes para admirar un cuadro de primer orden.

La ciudad queda léjos.

Otras llanuras y otros montes aparecen ante nuestra vista, y llego á Lucerna hora y media despues de mi salida de Zurich.

II

Las bellezas de Suiza ofrecen combinaciones tan multiplicadas y diversas y se desarrollan bajo cantidades tan extraordinarias, que en vano intentaríá el pintor buscar entre los colores de su paleta los más ricos tonos para trasladar al lienzo un átomo siquiera de la hermosura viva y palpitante de este país.

Suiza es, á no dudarlo, la desesperacion de los artistas; y sin embargo, hay en ella paisajes cuya composicion no ofusca, y determinados sitios que carecen de esa aglomeracion de objetos, difícil, cuando no imposible, de reproducir.

A mi juicio, el misterio de semejantes obstáculos consiste en los juegos de la luz y la sombra. No hay un solo matiz en la mayoría de los panoramas de Suiza; hay multitud de matices que, como las tintas de los cuadros disolventes, se transforman, observando á veces una gradacion débil pero perceptible y sostenida, ó por

el contrario pasan rápidamente de un tono á otro. Cada hora imprime un carácter especial y lo mismo cada accidente atmosférico. La presencia de una nube es bastante para cambiar todo un paisaje.

La ráfaga de viento que rompe la superficie compacta de un lago y hace ondular sus aguas, torna en verde el plano poco ántes azul. Esa ráfaga descompone las sombras de las montañas, pues á su influjo los penachos de ramas de los árboles pierden su inmovilidad, y aquellas mismas sombras unidas como una sola pincelada, se quiebran y vacilan y dan paso á los rayos de la luz.

Lucerna es uno de los puntos donde más fácilmente se observan los rasgos á que me refiero.

El lago maravilloso, el río Reuss, de olas verdes, que sale con ímpetu del lago; las montañas de perfiles casi fantásticos, cuyas nieves hacinadas en las cumbres contrastan con las negras y desnudas rocas; los bosques de pinos que se elevan en los primeros términos de los montes; las praderas; los *chalets*; las torres de la ciudad; los puentes; los palacios; todo ese mundo admirable, encerrado en aquella region de Suiza, es demasiado espléndido y luminoso para que el hombre pueda copiar fielmente sus encantos. La reproduccion mas aproximada es pobre, y hasta la fotografía tiene que renunciar á transmitir sobre la plancha tantos accidentes y bellezas.

Por la mañana, el sol vierte raudales de resplandores sobre el lago, y entonces las velas de las barcas parecen enormes hojas diamantinas ó alas ideales de pájaros monstruos. Cada gota de agua agitada por la quilla de las embarcaciones es una perla que se mece en una alfombra de esmeralda; y cuando los vapores cruzan aquella superficie, tersa como un espejo, los millares de chispas líquidas que brotan de las ruedas á los movimientos de la máquina, fingen una lluvia de piedras preciosas, que, iluminadas á veces por el sol, reproducen los colores del arco iris.

El majestuoso Righi se destaca del fondo azul del firmamento. Frente á aquella montaña, surge otra de rasgos sombríos, el Pilato, que casi siempre oculta su cabeza bajo un dosel de nubes, y contrastando con este severo coloso, los *glaciers* del canton de Uri resplandecen allá léjos, heridos por la fúlgida luz matinal, derramada á torrentes sobre los purísimos caudales de nieve que sirven de adorno á esos titanes de piedra.

III

Lucerna posee muchos recuerdos que traen á la memoria los días de la Edad Media, y alternando con las antiguas construcciones se ven otras modernas y dignas de mencion.

Hay templos notables; hay un arsenal que guarda trofeos gloriosos de Suiza; hay una casa-ayuntamiento que responde á la importancia de la ciudad, y en las calles encuéntanse diversas curiosas fuentes que llaman la atencion por las figuras de guerreros de que están surmontadas.

A poca distancia de Lucerna se guarda en un jardín el célebre leon, de fama universal, esculpido en bajo relieve en una gruta abierta sobre una roca vertical, desde cuya altura cae un salto de agua que recibe en su seno el amplio estanque del jardín.

El monumento fué erigido en memoria de los soldados suizos que el 10 de Agosto de 1792 murieron defendiendo á la familia real de Francia. El hermoso animal tiene nueve metros de longitud por seis de alto. Una lanza atraviesa su cuerpo moribundo, y sostiene sus patas delanteras, por un esfuerzo extraordinario, un escudo adornado con la flor de lis. La actitud del leon es la del heroísmo que sucumbe, y sorprende la expresion que el artista ha sabido imprimir al rostro, que á un tiempo revela el dolor de la impotencia para defender lo que se ha amado, y el sufrimiento físico por la sangre vertida.

En el muro se leen los nombres de los valientes que murieron en tan triste jornada, y una inscripcion que dice: *Helvetiorum fidei ac virtuti*.

Treinta minutos despues de llegar á Lucerna, ó sea á las diez de la mañana, salí en el vapor *Victoria*, para Vitznau, donde desembarcaba una hora más tarde.

La travesía es deliciosa.

Á entrambas orillas del lago hay colinas y casas de campo. Luégo encontramos la pequeña isla de Alstaad. A poco, el lago que tiene la figura de un cruz, se interna á derecha é izquierda para formar los brazos de aquella y da nombre respectivamente á los pequeños lagos de Alpnach y Kussnacht.

Desde el centro de la cruz se descubre perfectamente el monte Pilato, no tan desolado y triste como lo vemos en Lucerna, sinó cubierto de casas, verjeles, pastos y bosques.

Vitznau ocupa una posicion privilegiada á orillas del lago de Lucerna y al pié del Righi.

Es un pueblo de reducidas dimensiones; pero ¿qué importa si de nada carece?

Me sobraba el tiempo, y ántes de emprender la subida á la montaña, dí un paseo por la ribera encantadora de aquel pequeño mar.

Ondula el camino entre los montes y el lago; bajan de las alturas perfumes suaves; oigo sobre mi cabeza el concierto mágico, indefinible y adorable del viento que juega entre las ramas de los pinos; cantan los ruiseñores en las umbrías y en los vallados de las heredades y sus notas se confunden á veces con el rumor del agua que rueda en bulliciosas cascadillas y en hilos casi imperceptibles, ó corre á través del campo en transparentes arroyos, ó cae á la puerta de un chalet, en forma de rústica fuente, sobre el tronco hueco de un árbol.

IV

El ferrocarril que sube desde Vitznau al Righi es una maravilla, que no se parece á los ferrocarriles que todo el mundo conoce.

La pendiente considerable de la montaña no ha servido de obstáculo para la construccion ni tampoco ha sido necesario hacer grandes desmontes, ni dulcificar la aspereza de la vertiente. La línea, adaptándose al camino con sus ondulaciones, fué desarrollando sus brazos de metal, y al fin vióse un día que por donde un hombre á pié marcha con dificultad, se encaramaba una locomotora á paso lento, coronada por el humo de su chimenea y lanzando gritos, no sabemos si en son de triunfo ó como testimonio de la fatiga y el cansancio.

Tres rails forman la vía: los laterales son idénticos á los de un ferrocarril ordinario, y el central, más ancho, tiene un engranaje que corresponde á una rueda de los coches; de manera que el sistema es sencillo y ofrece completa seguridad. Para neutralizar las pendientes cada tren se compone de un solo carruaje de viajeros y de una pequeña máquina que, así en las subidas como en las bajadas, camina al paso.

A medida que el tren se eleva descúbrese mayor número de bellezas tan peregrinas, que en algunos instantes los viajeros lanzan un grito de admiracion, como si todos experimentasen á un tiempo la misma sensacion de sorpresa.

Tajos, selvas, chalets, una vegetacion lujuriosa, cascadas, torrentes, un túnel, un atrevidísimo y ligero puente de hierro; hé aquí lo que vemos, ó mejor dicho, una parte de lo que vemos, por que es imposible describir la magia del paisaje, la riqueza de la vegetacion, las maravillas de la luz.

En la estacion de Staffelhohe termina el camino de hierro, que pronto llegará á la cumbre, segun lo anuncian la actividad con que prosiguen los trabajos y el hallarse tendidos los rails en casi toda la extension del trayecto aun no acabado.

En Staffelhohe hay numerosos guías con caballos y sillas de manos para conducir al viajero al *Kulm* (altura ó punto culminante). Apénas llegamos fueron ocupados las sillas y los caballos por los *turistas* del tren, y muchos hubieron de conformarse con subir á pié hasta la cumbre del Righi. Por mi parte, como no había pensado en otro medio de locomocion, nada eché de ménos. En Suiza me satisfacen y me encantan las ascensiones á las grandes alturas, verificadas á mi antojo, en plena libertad; con el derecho de detenerme donde más me acomoda; y de arrancar la flor que crece al borde del precipicio, y de descansar junto al árbol frondoso, y de trepar por la vereda medio oculta entre la vegetacion.

¿Qué importa el cansancio corporal? ¿Qué importa que el sudor bañe el rostro? Despues llegáis jadeantes, pero con el espíritu sano, á la cumbre, y sentís, en pos de un breve descanso, una emocion inexplicable; y al admirar maravillas no adivinadas os creéis más buenos, más puros, y experimentáis amor hacia lo bueno y

lo puro, pues que semejantes ideas inspira el panorama que viene á recompensar las fatigas recién experimentadas; y por último, cuando al terminar el día bajáis al hotel, os encontráis (fuerza es decirlo) con las más felices disposiciones para devorar, no sólo los manjares que os sirven en la mesa, sino los comensales y aún los camareros. ¡Oh! ¡El hambre es una gran cosa!

V

El Righi (*mons rigidus*; monte escarpado,) tiene diez leguas de circunferencia y está situado entre los lagos de Lucerna, Lowertz y Zug.

Hay once aldeas en sus vertientes, y ocho caminos conducen á la cima, que se eleva 1828 metros.

El panorama que se desarrolla desde el Kulm es asombroso.

Véanse los lagos de Zug, Egeri, Zurich, Lucerna, Sempach, Turler, Sarnen, Alpnach y Lowertz; las ciudades de Arth, Zurich, Zug, Lucerna y casi todo el canton de este nombre; las montañas de la Selva Negra, el Pilato, el Albis, la cadena del Jura, el Stanserhorn, el Bouchserhorn, los Alpes de Urí, de Berna y de Unterwalden; el monte Glærnisch, el Scëntis, el Tœdi y el Rossberg; y en resumen, un horizonte cuya circunferencia pasa de cien leguas.

Cuando regresé á la estacion de Staffelhohe salí á mi encuentro delante del edificio un joven limpia-botas, provisto de los útiles necesarios para su industria, y sin reparar siquiera que las mías eran blancas y no reclamaban, en consecuencia, las caricias del betun; me hizo ver en frances *alemanizado* la utilidad de que desaparecieran los rastros que había dejado sobre la piel la reciente ascension.

Deseché las ofertas del muchacho, y para descansar cómodamente, me tendí sobre una colina próxima á un precipicio.

La presencia de un limpia-botas en semejante altura me sorprendió primero, despues me hizo reir y me indignó por último.

¿Era un alarde de la civilizacion y del bienestar, llevados hasta un límite inesperado? ¿Era solo el testimonio de la industria y el trabajo?

No lo sé; pero yo encontraba algo de anómalo en lo que veía.—Aquella *nivelacion* era insufrible, y decía sin duda:

—«Señores viajeros; habéis venido á contemplar los más hermosos paisajes de Europa; y como la molestia y la falta de comodidades ejercen sobre el ánimo una influencia difícil de contrastar, es preciso que en vuestras excursiones por Suiza nada echéis de ménos; que por todos lados se os presente quien, á manera de hada protectora, os quite el trabajo de discurrir en cuanto se refiere á la vida. Ocupaos de gozar y no os inquietéis. Aquí estamos nosotros, buenos muchachos, amigos de ganar un franco, aunque para ello tengamos que subir á la cumbre del Mont-Blanc. Abrid la bolsa y nada temáis. El guía, la silla de mano, el caballo y el baston herrado, son asunto de poca monta. Los encontráis por doquiera. Pero vuestros zapatos se empolvan en estas montañas y el brillo de su piel se marchita y palidece. ¡Oh! Semejante contrariedad reclama immediato remedio.

«Para llenar ese vacío era necesario un limpia-botas. Ya lo tenéis, dispuesto á ofreceros sus servicios, á fin de que aceptándolos bajéis del Righi con las botas relucientes como si las hubierais estrenado en el Jardin Ingles de Ginebra ó en el Kursaal de Interlaken.»

Este discurso *adivinado*, me causaba horror. ¡Qué empeño en desnaturalizar esta encantadora Suiza, transformándola en un hotel gigantesco!

VI

Cuando á las cinco de la tarde descendíamos del Kulm hacía frío, y sin embargo, era el 4 de Junio; pero no debe sorprender semejante baja de temperatura, teniendo presente que el Righi, por su considerable elevacion, conservaba grandes fragmentos de nieve, algunos de los cuales veíanse acumulados sobre las fachadas de los hoteles erigidos en la cima.

Al embarcarme en Vitznau para volver á Lucerna se desencadenó un huracan violentísimo, y bien pronto las aguas del lago, levantándose en montañas coléricas y espumosas, mecían entre sus brazos el vapor y desbarataban en girones el humo de la chimenea.

Cuando llegué á Lucerna, las olas rugían al estrellarse contra las piedras de los muelles y el viento hinchaba las velas de las barcas.

Ya de noche, apareció la luna, descendieron hasta el centro del lago las sombras de los montes y se formaron en aquella líquida superficie dos mundos distintos; el de la luz y el de las tinieblas

El huracan cesa poco á poco y las olas pierden el ímpetu con que caían sobre los muelles.

El lago reposa tranquilo.

La noche es hermosa y apacible.

El horizonte está azul y las estrellas parece que flotan en un mar de vapores purísimos.

Una banda de música, situada frente al *Hotel Suizo*, toca la marcha de *Fausto*.

Luégo enmudecen aquellas notas. Luégo se apagan todos los ruidos de la ciudad.

Es tarde.....

Lucerna duerme.....

¡Qué noche!

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

BIBLIOGRAFÍA

ORLANDO FURIOSO. Poema caballeresco de Luis Ariosto, traducido al castellano en octavas reales por D. Vicente de Medina y Hernández. Editor, D. Salvador Manero, de Barcelona.

El Ministerio de Fomento ha expedido recientemente una Real orden disponiendo se adquiriera por cuenta del Estado un crecido número de ejemplares de la última version al castellano del famoso poema cuyo nombre encabeza estas líneas. Esta merecida cuanto señalada distincion constituye un nuevo testimonio de valía en favor del concienzudo é interesante trabajo del Sr. Medina, objeto ántes de ahora de los mayores elogios, tanto por parte de la primera de nuestras corporaciones literarias como por la de distinguidos críticos y de cuantas personas, en fin, es conocido.

No pretendemos, pues, aquilatar con nuestro desautorizado juicio el indisputable mérito de una obra que, habiendo tenido la fortuna de salir á luz precedida de la más valiosa de las sanciones, ha logrado despues, ademas de la opinion favorable de los doctos, la de los amantes y cultivadores de las letras patrias. Ni el inmortal poema de Ariosto lo necesita ni osaríamos, por nuestra parte, confundir nuestros humildes asertos con los de las esclarecidas eminencias del saber que en el espacio de cuatro siglos han tejido la inmarcesible corona que orna las sienes del insigne autor de *Orlando*, la primera y más inspirada de las epopeyas que sellaron la época del Renacimiento. Muévenos únicamente á tomar la pluma en esta ocasion el deseo de cumplir el delicado encargo con que nos ha honrado LA ACADEMIA, de consagrar unas cuantas líneas al interesante trabajo del Sr. Medina, que recientemente ha comenzado á dar á luz en Barcelona la casa editorial del Sr. Manero.

Una publicacion del carácter y tendencias de LA ACADEMIA, no puede dejar de registrar en sus columnas el acontecimiento literario que nos ocupa, y si puede y hasta debe prescindir de una crítica por haberse anticipado ésta á la publicacion de la obra, no por eso ha de omitir la relacion del hecho, siquiera sea con el sencillo carácter de crónica bibliográfica. Hé aquí por qué tampoco hemos vacilado en aceptar el encargo, honroso de todas maneras para nosotros, si bien exento de este modo de las responsabilidades que en otro caso no nos hubiéramos decidido á arrostrar.

Preciso nos es, sin embargo, detenernos un punto á señalar al ménos las bellezas que encierra el libro de Ariosto; que grandes y de precio inestimable deben ser para haber conseguido inscribir el esclarecido nombre de su autor en las inaccesibles cumbres del Parnaso, al lado de los que desde Homero hasta Espronceda alimentan el faro luminoso que irradia esa antorcha inextinguible con que alumbrá los ásperos senderos que ha de recorrer la humanidad, la musa de la inspiracion y del saber. Pero tampoco haremos esto por cuenta propia, no debiendo apartarnos de nuestro enunciado propósito, y nos limitaremos, por lo tanto, á reproducir condensándolo algo de lo que hemos visto expuesto en juicios ajenos, si bien de todo punto autorizados.

Al terminarse en el último tercio del siglo xv el periodo histórico de la Edad Media, sofocando el influjo de las antiguas y preciadas tradiciones los esplendores del Renacimiento, el ilustre canónigo de Ferrara Ludovico Ariosto concebía y ejecutaba la ardua empresa de sintetizar las tendencias y el espíritu de la nueva era, con el famoso libro que, segun la expresion de un crítico ilustrado, y no por cierto de los más benévolos para su autor, «justamente ha sido calificado como una de las concepciones más osadas y esplendentes del humano ingenio» y acerca del cual nos dice Cervántes por boca del cura, al verificar el famoso excrutinio en la librería del ingenioso hidalgo, «si aquí le hallo... le pondré sobre mi cabeza.»

«Resonaban, dice tambien el eminente bibliófilo don

José Amador de los Ríos en su erudito preámbulo á la traducción hecha por el marques de la Pezuela de la *Jerusalén libertada* de Taso, dentro y fuera de Italia, los felicísimos cantos de Ariosto; y aplaudidos, como nunca lo había sido obra alguna de ingenio humano, con peregrinas ficciones, copiosa y rica mina de las creaciones caballerescas, habían levantado la epopeya romántica á su más alto punto de idealidad, oscurecidos por el *Orlando furioso* cuantos ensayos se habían hecho desde *I Reali di Francia*, *Buovo d'Antona*, y *La Spagna* hasta el *Orlando innamorato* de Boyardo.»

Tal es á grandes rasgos el famoso libro que, inspirado en la crónica de Turpin no ménos que en el *Orlando enamorado*, de Mateo Boyardo, continuacion y ampliacion de aquélla, nos legó Ariosto y que, perteneciente á la generacion de los Amadis, Tirantes y Florismartes reune, segun las palabras del crítico á quien en un principio nos hemos referido, todas las cualidades del género; reúnelas, dice, hasta la quinta esencia, condénsalas si se quiere, hasta sublimarlas. El estigma del genio, añade, sobresale desde la primera línea y sostiene y conduce la obra hasta su fin, sin declinar un ápice de su vigorosa facundia.

Otra opinion autorizadísima, tanto más cuanto que es la de un concienzudo y sabio historiador que no deja de atribuir al *Orlando* los defectos de que en su concepto adolece, citaremos, por último, para terminar la ligera mencion que nos hemos propuesto hacer del juicio que á la posteridad ha merecido la inspirada creacion de Ariosto.

«Por qué, dice César Cantú, despertó tantas simpatías y se inmortalizará su memoria? Por la inimitable viveza del colorido, por la gracia espontánea del decir, por el método que hace tan agradable la *Vida de Cellini* y que consiste en exponer un ideal sin aquella pretension tan comun en los escritores italianos, sin la frase recortada, sin reminiscencias clásicas. Esta es la mayor prueba de que el estilo inmortaliza los libros. Es admirable cuando escribe sin metáforas y evita remontarse. Se complace en los pormenores, que son la vida de un relato, y sabe perfectamente escogerlos. Conoce el corazon humano aunque falsea y exagera el lenguaje de la pasion. Hace pasar al lector de maravilla en maravilla, ántes que la reflexion acuda á tacharla de yerro é inconveniencia. Á esto hay que agregar las pinturas tan vivas, tan variadas, que convierten su poema en una mina inagotable de cuadros; el placer que produce conversar, como si dijéramos en el hogar doméstico, con uno de los mejores ingenios, no sólo de Italia, sino del mundo.»

Varias son las versiones al castellano que se han hecho del *Orlando*, desde que vió la luz en Italia; la más inmediata á dicha época y la que se aproxima más tambien al original, por estar escrita en octavas reales, es la publicada en 1530 por D. Jerónimo de Urrea; aunque con ella creemos, como Cervántes «que le quitó mucho de su natural valor.» En efecto, ademas de la omision completa del canto III, escrito despues de publicada la primera edicion, encontramos en el resto de la obra esenciales modificaciones; como por ejemplo, la refundicion en otras de dos octavas, y, en general, la alteracion de los giros, imágenes y hasta conceptos que constituyen las mayores bellezas del poema. Pero no intentamos con esto hacer un cargo, ni ménos empuñeñecer el mérito siempre notable que envuelve la idea sólo de acometer una empresa ardua por demas y digna siempre de lauro. «Muchas cosas suenan bien en un una lengua que en otra dan poca satisfaccion y deleite,» escribía el primer traductor de la *Jerusalén libertada*, y este aserto que tiene en general fuerza de axioma, añade el Sr. Amador de los Ríos, es grandemente aplicable á la lengua italiana, por más que su identidad de origen con la española parezca hacer más accesible cualquier empresa de igual índole... Esta engañosa facilidad, continúa, que tal vez seduce en la lectura, hace olvidar con frecuencia, segun observó ya el divino Herrera, que tienen algunas propiedades y virtudes la hermosura de la lengua toscana... y la agudeza y magnificencia de la española, que trocadas entre sí, aunque guardan el sentido, pierden aquella flexion y medida de palabras ó números y aquella viva claridad y elegancia de luz con que resplandece en las orejas de los mismos naturales. «Y crecen los inconvenientes cuando se considera que ademas de las diferencias características de uno y otro idioma, formado el dialecto poético de la literatura italiana sobre más anchas bases que el de la española, gozan los escritores de aquella nacion tan amplia libertad que á ser ensayada siquiera entre nosotros sería reputada por desenfadada licencia. Extiéndase la misma libertad á las leyes de la metrificacion que rigen en uno y otro parnaso; miéntras es lícito en el italiano, ya alterar las terminaciones de las voces, ya mudar, cortar y acrecentar los vocablos, ya unirlos entre sí, acumulando las sinalefas, á fin de llenar los versos de armoniosos sonidos, con lo cual es fácil nutrirlos de ideas y conceptos, haciéndolos numerosos y elevados, no es



EL TRAGINERO CATALAN

TIPO TOMADO DEL NATURAL POR N. GÓMEZ. GRAVADO DE E. GÓMEZ

dado en el español cortar ni añadir sílaba alguna á las dicciones, ni trocar ni alterar sus formas, y recatada y observante como la lengua, apénas consiente la poética algunas moderadas licencias.»

De aquí la indisputable importancia que no podemos ménos de atribuir al concienzudo trabajo del Sr. Medina al proponerse, como lo ha conseguido, verter á nuestro idioma, octava por octava, verso por verso, el inspirado poema de Ariosto, sin despojarle de sus ricas galas de concepto y de lenguaje que legitiman la celebridad de que goza.

Para llevar á cabo tamaña empresa, dice uno de los críticos á que ántes nos hemos referido, requiérense especiales condiciones: gran conocimiento de ambos idiomas, gran familiaridad con la obra y dotes poéticas no escasas, ya que la traducción es de un poema y el ritmo y la consonancia, por decirlo así, ha de inventarlas el traductor en su idioma.

Y de qué manera ha logrado el Sr. Medina llevar á feliz término su atrevida empresa, pruébalo el autorizado dictámen de la Academia, que por boca de uno de sus más ilustres miembros, nuestro erudito y respetable maestro el Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, se expresa en estos términos:

«El trabajo del traductor es muy estimable, es importantísimo, y de tal naturaleza, que parece ajeno de los tiempos presentes, en los cuales debe causar compasiva extrañeza ver que haya español con ánimo para emprender una traducción tan difícil, y que verosímilmente sólo hallará cortes acogida entre los lectores que puedan apreciar justamente las bellezas de un poema romanesco, sobrado semejante á los libros de caballerías, que hizo



TEÓFILO BRAGA

desaparecer de manos españolas la festiva é inmortal crítica de Cervantes. Merece, por lo mismo, la obra del Sr. Medina, ser apoyada y favorecida por cuantos se complazcan en tener en castellano un poema cuyo igual en mérito no se deja ver entre los que originalmente compusieron los épicos de España; cohorte más numerosa que feliz á la cual no quisieron extender propia influencia las musas, ya satisfechas por habernos enriquecido con preciosísimos dones en la lírica y en el teatro.»

¿Qué pudiéramos añadir por nuestra parte que no resultase pálido é insignificante despues de un juicio tan autorizado como satisfactorio para el Sr. Medina? Demos, pues, por terminada esta ligera compilacion; que no otra cosa nos propusimos hacer desde un principio, para excitar de nuevo el interes de los amantes de las letras hacia el inmortal poema de Ariosto, á quien su ilustrado traductor hace hoy tomar carta de naturaleza entre nosotros; y al enviar á este último nuestro más sincero parabien por el éxito lisonjero con que ve premiada su constancia y laboriosidad, ofrezcamos al lector una pequeña muestra de la justicia con que su difícil tarea ha obtenido la general aprobacion.

Tal es la siguiente octava que tomamos al azar del canto VI, y que con tanta exactitud y perfecto colorido reproduce el momento en que Alcina se presenta á su amante:

Mas no la cubre almilla ni vestido,
que viene envuelta en un cendal ligero
por los desnudos hombros sostenido,
y que cae á los besos de Rujero,
quedando el cuerpo sólo defendido
por un velo sutil y traicionero
que no oculta sus formas prodigiosas
más que cubre el cristal lirios ó rosas.

LEOPOLDO BREMON.



RECREOS INFANTILES — CUADRO DE RUBENS, EN EL MUSEO DE BERLIN

á lo léjos; el firmamento está sombrío y la luna se hunde en el horizonte.»

UNA RUSSALKA

Esperemos aún, hermanas.

OTRA

No, ya es hora, ya es hora. Nuestra reina nos llama, nuestra hermana mayor tan severa. (*Desaparecen bajo las ondas del río.*)

ESCENA QUINTA.—*El fondo del Dnieper. El terem de las Russalkas. (Hilan al rededor de su reina.)*

LA REINA

Dejad vuestra labor. El sol se ha puesto ya y la luna brilla por encima de nosotras. Basta, pues. Nadad arriba, y refociláos á cielo descubierta. Pero no atormentéis á nadie esta noche: no hagáis cosquillas á los pasajeros, no embaracéis las redes de los pescadores con el légamo y las algas, ni atraigáis á los niños al agua con cuentos de pececillos de plata. (*Entra la Russalotchkha, su hija.*) ¿De dónde vienes?

LA RUSSALOTCHKHA

Vengo de la orilla del río, de visitar á mi abuelo. Anoche me rogó que recogiera del fondo del agua el dinero que en otro tiempo arrojara al río. He buscado mucho tiempo en nuestros dominios, pero yo no sé lo que es el dinero, y le he llevado una almuerzo de abigarradas conchas.

LA REINA

Solamente la avaricia ha sobrevivido en él. Escucha, hija mía, hoy cuento contigo. Un hombre va á venir á la márgen; espíalo y sal del agua á su encuentro. No es muy allegado... es tu padre.

LA RUSSALOTCHKHA

¿El que te abandonó, madre mía, para desposarse con una mortal?

LA REINA

El mismo. Hazle tus más cariñosos halagos y cuéntale todo lo que tú sabes de mí. Y si te pregunta si no lo he olvidado, dile que me acuerdo de él, que le amo y que le espero. ¿Me has comprendido?

LA RUSSALOTCHKHA

¡Oh! sí, te he comprendido muy bien.

LA REINA

Ve, pues. (*Queda sola.*) Desde que, desesperada y loca me arrojé al río como una mujer abandonada y despreciada; desde que en el fondo del Dnieper vine á ser una Russalka poderosa y fría; estoy meditando constantemente mi venganza y me parece que al fin ha llegado la hora.

ESCENA SEXTA.—*La orilla del Dnieper*

EL KNIAZ

Héme aquí atraído otra vez á estos lugares solitarios y tristes. Todo me recuerda aquí el pasado, todo me recuerda la dulce y triste leyenda de mi bella juventud. Aquí, libre en otro tiempo, venía un libre amor. Yo era entonces feliz... ¡Insensato! ¿Cómo pude rechazar aquel amor?... Lo que ayer oí aquí tiene preocupado mi espíritu. ¡Desgraciado padre! ¿Qué aparición tan dolorosa! Y acaso lo encuentre hoy otra vez. Tal vez quiera ya consentir en abandonar el bosque para habitar conmigo en mi palacio. (*Sale del agua la Russalotchkha.*) ¿Qué veo? ¿Quién eres? ¿De dónde sales, encantadora niña?...

Pudiera creerse, y muchos lo creen en efecto, que Pouchkine dejó incompleto este poema. Pero si se recuerda que en la escena precedente está preparado y aún anunciado el desenlace, se convendrá en que era inútil ponerlo en acción, y que, sobre todo en un poema fantástico, valía más dejar á la imaginación del lector el cuidado de concluir y representarse la venganza de la Russalka.

EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS

Nació D. Arsenio Martínez Campos en Segovia el 14 de Diciembre de 1831, siendo sus padres D. Ramon Martínez Campos, brigadier de Estado mayor y D.^a Rosa de Anton y Pierola.

Con vocación para la milicia, entró en ella, por gracia especial, como subteniente de la reserva, y en 1848 se presentó á examinarse para poder ingresar en la escuela de Estado mayor. Consiguió el nombramiento de alumno, y en 1852 ascendió á teniente del distinguido cuerpo, y despues de las prácticas de reglamento quedó agregado al Estado mayor de Valencia, en cuya capital le sorprendió el pronunciamiento de 1854. No tomó parte

en aquellos trastornos, limitándose á presentarse á las autoridades superiores cuando se hubo restablecido el órden, y poco despues se le destinó á la Escuela del cuerpo, con el carácter de profesor.

En 1856 formó parte de la division expedicionaria que al mando del general Dulce envió la revolucion en triunfo, á Aragon, concurriendo al bloqueo de Zaragoza, tornando, muy luégo, á su anterior destino de catedrático.

La guerra de África le apartó de las tareas del profesorado, tomando parte en aquella, á las órdenes de los generales D. Juan Prim y D. Diego de los Ríos.

Figuró honrosamente en las acciones libradas los días 30 de Noviembre y 9, 12, 15, 17, 20, 22 y 30 de Diciembre de 1859, y 1, 10, 12, 23 y 31 de Enero y 11 de Marzo de 1860, y tambien en las batallas del 4 de Febrero y del 23 de Marzo de 1860.

Agraciado por su hechos militares con el grado de coronel y el empleo de teniente coronel de caballería, fué agregado á la division expedicionaria que marchó á reprimir la insurreccion de San Carlos de la Rápita, y, terminado aquel conflicto, volvió á su puesto en la Escuela de Estado mayor.

Con Prim se trasladó á Méjico, y disuelto el cuerpo de ejército que mandaba aquel caudillo, embarcóse para la Península, entregándose de nuevo á las tareas de la cátedra.

Quando la Revolucion de 1868 empezó la reorganizacion de los servicios públicos, Martínez Campos se encontraba agregado á la Direccion general del cuerpo de Estado mayor; donde permaneció hasta Enero de 1869 en que, á petición suya, se le destinó al ejército de Cuba; formando parte de él y distinguiéndose de una manera señalada en aquella cruelísima contienda.

Regresó á la madre patria con el empleo de brigadier, en 1872, quedando de cuartel en Madrid, hasta que el Gobierno de la República le nombró gobernador militar de Gerona, saliendo inmediatamente á operaciones contra los carlistas.

Uno de sus primeros hechos de armas en esta campaña fué la derrota de las facciones de Savalls, Barrancot y D. Alfonso el 23 de Marzo de 1873, hecho que dió á su nombre cierta celebridad por aquellos días. Sus cualidades como jefe militar acreditaronle ante el gobierno republicano, quien le confió la capitania general de Valencia, ascendiéndole á mariscal de campo.

Al frente de la capitania general de Valencia, organizó una pequeña division destinada á combatir la insurreccion cantonal de Cartagena. Pudo el general Campos cortar en Valencia los vuelos del nuevo levantamiento; pero los medios que propuso para vencerlo en Cartagena, debieron parecer demasiado fuertes al Gobierno, puesto que no se aceptaron sus servicios frente á la ciudad revoltosa, é inmediatamente se le trasladó á Barcelona, donde recibió el nombramiento de general en jefe del ejército de Cataluña. Aquí le sorprendió el acto que en Madrid llevó á cabo el capitán general de Castilla la Nueva, D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque contra las Córtes Constituyentes de la República española.

No fué Martínez Campos de los generales, con mando, que aceptaron de una manera incondicional la nueva situación; mantúvose reservado en cierto modo, hasta que los sucesos se aclararon. Dimitió entonces los importantes cargos de capitán general y general en jefe del ejército de Cataluña, despues de conseguir el restablecimiento del órden público en Barcelona y Sarriá, puntos en que era grande, por aquellos días, la agitación, y de resistir, segun públicos rumores, al cumplimiento de indicaciones del gobierno de la coalición, relativas á castigar severamente, á los que fueron prisioneros en tan lamentables sucesos.

En breve, el gobierno del general Serrano reclamó de Martínez Campos nuevos servicios militares. Habíase nombrado al marqués del Duero general en jefe del ejército que en el Norte peleaba con suerte varia contra los carlistas, y al valiente militar cuya biografía nos ocupa, se le destinó, casi al mismo tiempo, á mandar una division. Sabida es la honrosa participación que á Campos correspondió en esta rapidísima campaña, que empieza con la toma de las posiciones de Avellaneda, sigue por el paso de las Muñecas, se dirige á Baracaldo, avanza por Santa Juliana, Galdemes y San Pedro Abanto, hace levantar el sitio de Bilbao y obliga á retirarse al enemigo por las Amezcuas.

Mas para la terminacion de aquella inicua lucha, faltaba solamente, que cayera en poder de nuestro ejército la ciudad santa del absolutismo, el baluarte casi inexpugnable de las huestes carlistas, Estella. A conseguirlo juntaron su valor y pericia los generales Concha y Martínez Campos y otros, que ahora no es ocasion de mencionar.

En el tristísimo día 27 de Junio de 1874 aconteció la muerte del primero. Imposible describir el efecto que tal desgracia produjo en nuestros jefes y soldados, pero el carlismo no pudo enseñorearse totalmente del triunfo.

Martínez Campos, secundado por los demás generales, realizó una retirada que, á juicio de hombres entendidos en el arte de la guerra, valió mucho más que una victoria. En premio de ésta, quedó en situacion de cuartel.

El 28 de Diciembre de 1874 Martínez Campos al frente de ciertas fuerzas militares, proclamó por Rey de España á D. Alfonso XII, y tan pronto como se constituyó el ministerio-regencia del Sr. Cánovas, Martínez Campos fué nombrado caudillo del ejército de Cataluña.

Allí desenvolvió su plan de campaña en combinacion con el ejército del Centro; y unas veces derrotando á los facciosos y tomándoles sus plazas fuertes, otras convenciendo á los cabecillas más importantes de lo inútil de sus esfuerzos, terminó la guerra en 20 de Noviembre, dejando establecidos somatenes para la seguridad del territorio. Recibió en premio de sus acciones la gran cruz de San Fernando de quinta clase.

De Cataluña pasó al Norte, donde se entendió con los generales Loma, Quesada, Moriones, Blanco y otros para la marcha del Baztan, las acciones de Vera y Peña Plata y la toma de Estella: resultando de ésta el término de la guerra, por el cual ántes todos suspiraron sin conseguirlo, debido á causas que no cumple exponer en este sitio. Martínez Campos fué elevado entonces á la alta dignidad de capitán general de ejército.

De sus proezas recientes en Cuba no necesitamos hablar. Martínez Campos ha devuelto la paz á la rica Antilla y segun noticias su política tiende á hacer allí imposible toda nueva irritacion y todo motivo de disgusto.

Vencidos ó reducidos á la razon los insurrectos, reconciliados los ánimos, el invicto capitán ha imaginado un plan completo de reformas políticas, administrativas y económicas, que debe desenvolverse desde el alto puesto á donde acaba de ser elevado.

El porvenir es un secreto y no se sabe lo que acontecerá; pero nadie pone en duda ni las dotes del nuevo Presidente del Consejo de Ministros, ni su patriotismo, ni su honradez acrisolada.

ALMENDROS EN FLOR

Hé aquí una lámina de circunstancias. Cuando la Primavera se anuncia por todas partes, el último dibujo del estimable Muriel reclamaba el puesto que en LA ACADEMIA le concedemos.

TEÓFILO BRAGA

La biografía del insigne literato cuyo nombre acabamos de escribir, pide más espacio del que hoy está á nuestro alcance. Contentémonos, pues, con presentar su retrato, miéntras preparamos un estudio completo de sus importantes publicaciones.

Teófilo Braga, si por los libros con que ha ilustrado la historia literaria de Portugal, ocupa uno de los primeros lugares entre los escritores más eminentes de la península, como propagador de la filosofía positivista está destinado á ejercer una profunda influencia en el pensamiento nacional contemporáneo. Adalid infatigable de la nueva idea, pone á su servicio, sus profundos conocimientos filosóficos y literarios y con erudición pasmosa y perspicaz criterio, esclarece temas y argumentos cuya dilucidación exacta interesa, por extremo, á la civilizaci6n hispano-portuguesa. El nombre de Teófilo Braga se repite hoy, con aplauso, en todos los centros cultos de Europa y de América, y nosotros, que hacemos justicia á sus talentos, y que nos honramos contándole en el número de nuestros colaboradores, damos cabida á su retrato, copia exacta de una selecta fotografía.

RECREOS INFANTILES

Entre los selectos cuadros que enriquecen el Museo Imperial de Berlin, citase, con encomio, el bello lienzo cuya copia reproducimos en la pág. 157 de este número. Debido al pincel del ilustre artista Rubens, testifica, una vez más, las particulares dotes de su estilo.

Nuestros lectores conocen la biografía del autor que, con su retrato, figura en nuestras columnas, habiendo publicado una y otro, con motivo de su centenario.

La falta de espacio nos obliga á remitir al número próximo, la explicación de los grabados *Vicio y Virtud*, *El Traginero Catalan* y la *Fábrica de Tabacos de Madrid*.

FRAY
JOAQUIN JUNCOSAEMINENTE
PINTOR ESPAÑOL DEL SIGLO XVII

ESCUELA CATALANA

Querer poner de relieve, siquiera sea en boceto, alguna figura poco manoseada del arte nacional, es tarea harto difícil, y trazar á grandes rasgos la de un pintor de procedencia catalana es casi temeridad. En mantillas anda aún la anhelada historia del arte nacional, y la del arte propio de Cataluña entre las sombras y dudas en que la dejaron envuelta los escritores eruditos de últimos del siglo pasado. Aquélla es en algo comparable á ciertos suntuosos jarrones, batidos y cincelados con elegantes formas, que el pasado nos legó, en los que el orin y el polvo ocultaron los primores de fantásticos artistas y de cinceladores hábiles; mas ésta no tiene imagen ni apénas nombre, pues hasta los que la nombran la ignoran.

Apénas hay dentro ni fuera de España quien conozca á los pintores catalanes, que ornaron tantos retablos y claustros en los siglos xiv y xv; ni quien sepa del inspirado y fresco pincel de un Dalmau, comparable á los mejores maestros de Colonia y de Suavia; quien repita el nombre del octogenario Arnau, que vió enlazarse en el Principado el renacimiento italiano y la decadencia importada; ni quien cuente la pléyade de artistas sin pompa, ni gloria, lustre de España en el siglo xvii, criados al calor de las tradiciones locales y que medraron en Castilla y en Italia; quien conozca el ingenio y valía de Antonio Viladomat, muy importante figura artística en el siglo xviii, y otras de las más legítimas glorias nacionales; y, en fin, quien haga memoria de la movediza escuela de sus discípulos, que hasta los alcances del siglo xix trajeron de nuevo, no sólo á Cataluña, sino á toda España, el ya olvidado arte de grabar, y mantuvieron calientes y vivas venerandas tradiciones nacionales.

Y, sin embargo —y para el caso importa, aunque no hubiera de importar á nadie— estos y otros artistas fueron nuestros ilustres progenitores, y merecen el recuerdo de la historia y la memoria de sus méritos. Verdad es, que no tienen poetas que les canten, ni patriotas que les alaben, ni entusiastas que les admiren, ni eruditos que les juzguen y les comenten; que no tienen prójimos ó sucesores que se honren con sus glorias y sus blasones, ni nietos que los conmemoren.

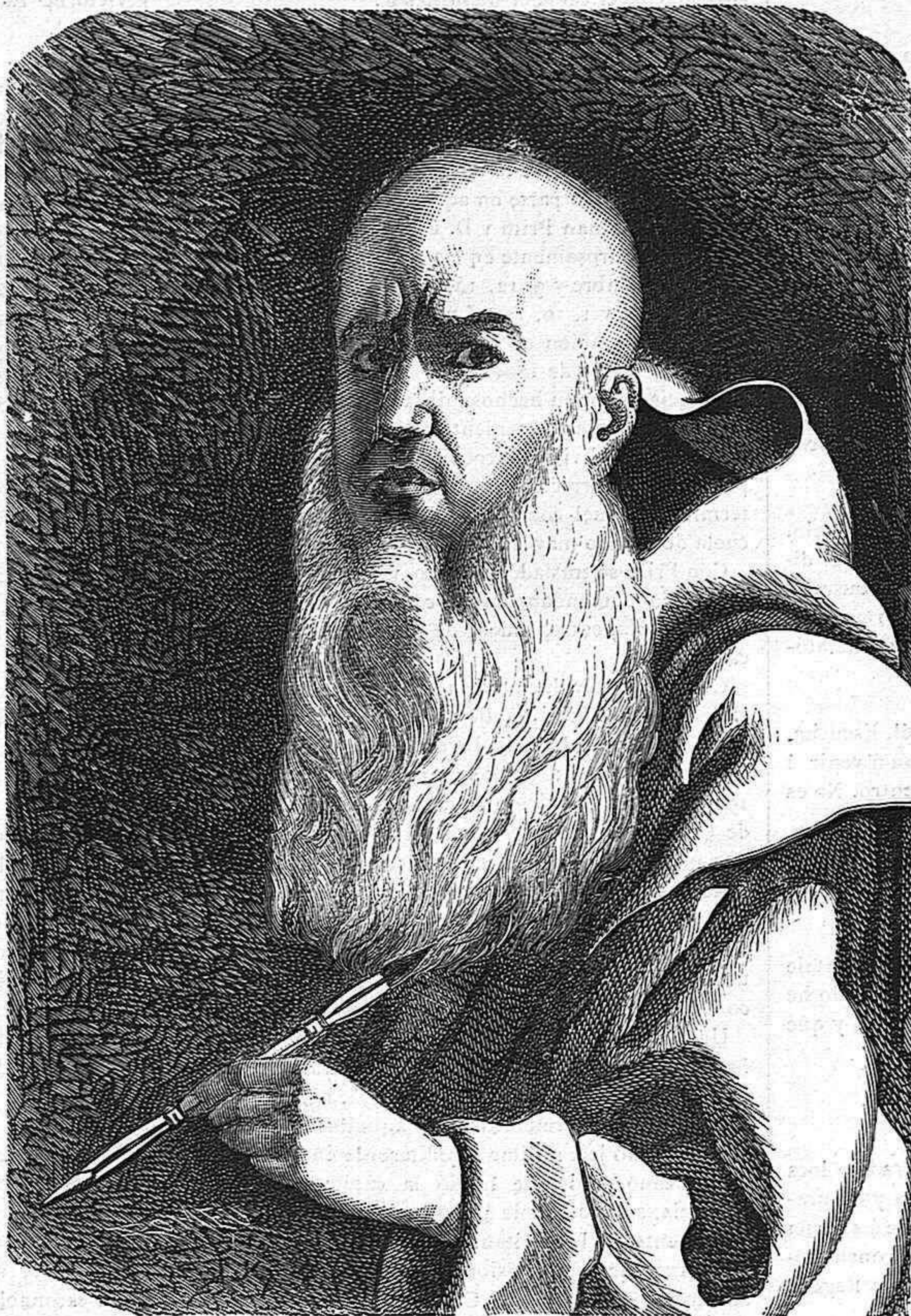
De uno de ellos poco conocido y no nombrado comúnmente, que merece por sí solo los honores de un gran recuerdo, queremos hacer memoria. No tenía tampoco timbres, casi tampoco tuvo historia. Era pobre por su cuna, ofrece dudas la fecha de su bautismo, y fué humilde por su estado. Vistió hábito de fraile, y sólo logró ser lego. Llamábase *Fray Joaquín Juncosa*.

Nació en la villa de Cornudella, en el ántes obispado y hoy provincia de la romana Tarragona. Fué su padre un pintor humilde, humildísimo, llamado Juan Juncosa; y trájole á la luz del mundo, en 1631, la buena Mariana Domadel, oriunda de Jaen. Mezclósele, pues, en el tronco, la fuerte savia catalana y la ufanía de las razas andaluzas. Enriquecióle su madre el alma con la ternura de su amor, y abrió con mano tímida el padre los pétalos de su ingenio, preparándole para pintor con sus dotes escasísimas.

Ni otro estudio, ni otros maestros se le señalan en aquel tiempo; ni se le conoce escuela á que se hubiera afiliado tras las lecciones de su padre. Las obras de Pedro Guitart de Reus y del maestro Blanch de Tarragona le llevaron muy en zaga, y las de otros maestros no podían alzar su vuelo.

Dedicóse á pintar *Fábulas*, es decir, cuadros mitológicos, insulsos y desabridos, profanos y sin poesía, como en España se pintaban por encargo de los Mecénas que les abrian sus salones. Mas ¿cuál debía ser la fantasía

PINTORES ESPAÑOLES



FRAY JOAQUIN JUNCOSA

del pintor de Cornudella para los cuadros mitológicos? Casi puede decirse que eran de género insulso aquellos amores olímpicos y aquellos episodios heroicos, y que, salvo el brillo del color y el juego de líneas y escorzos, y cierta osadía juvenil, aún aventajando á su padre, era Joaquín Juncosa muy mediano pintor de fábulas. Cuenta, sin embargo, un autor, que se distinguió mucho en ellas, «pintándolas con valentía y bien ordenada composición» y que con estos y otros méritos se formó en Tarragona un pintor de mucho nombre. Y, sigue añadiendo la historia, que al rumor de ellas le encargó el marques de la Guardia para Callar, en Cerdeña, cuatro lienzos con escenas mitológicas que fueron, según se dice, muy loadas.

Veinte y ocho años tenía Juncosa en 21 de Setiembre de 1660, cuando por hastío de la vida, ó por comezon de vivir, ó por ilusiones de artista—ó por todo ello junto— aspiró á la vida ascética. De manos del venerable prior de la Cartuja de *Scala Dei*, en la provincia de Tarragona—del docto Fray Jaime Cásas—recibió la tonsura y profesó como lego. Lego y tonsurado el artista! ¿Debió de ser muy piadoso? ó acaso sería muy humilde?... Ni lo uno, ni lo otro, y, según luego veremos, la historia y la leyenda están en todo contestes en negarle tales dotes. Lo que únicamente se sabe, es que no tuvo el artista bastantes letras ni bastante abolengo para ingresar como fraile en la vida del convento.

Pero este gran ingenio lego era un contrasentido. Este artista no era por cierto un entendimiento obtuso con las proporciones de un triángulo achatado por los vértices, cual imagina al lego histórico cierta volteriana crítica del siglo xix; no era tampoco aquel tipo intruso en la vida conventual del zahorí lego *ardilla*, ganapan de por vida, ocupacion del vulgo y alarma de monasterios, que algun asceta satírico del siglo xviii nos pintó brillantemente. No era tampoco la criatura de alma cándida y humilde, como el histórico *Fray Pacífico* de la orden franciscana, en quien las prendas naturales suplían la disciplina de la regla conventual. Era un alma de mucho empuje, de nervio, de temple, algo ruda

por la naturaleza y la cuna; pero que se cernía sublime por los dones del ingenio. Era, pues, un contrasentido el ceñirle la cogulla, porque, como decía otro monje de su misma orden monástica: «fué harto grande para lego y poco humilde para fraile.»

Mas, el sosiego de la Cartuja era un poderoso elemento para la vida de artista. La ancha celda retirada, y el espacioso claustro, el *aula* conventual y el refectorio austero, tenían algo de solemne que convidaba á sentir é inspirarse; y el apartado *Scala Dei*, algo del reposo sublime que eleva á lo ideal entre la naturaleza y Dios. ¡Cuántas y cuán grandes inspiraciones debieron de acudir al pintor en sus juveniles coloquios y en sus conciertos con lo infinito!

La ciencia y claras luces del prior Fray Jaime Cásas, hicieron comprender muy luego al experimentado monje el lustre que podría obtener para su orden monástica de educar el ingenio del novicio Fray Juncosa; y poco despues le invitó á marchar á Roma para estudiar su arte. Púsoló más tarde en camino y le dirigió á Barcelona, para que de aquí pasara á la ciudad eterna. Embarcado en las galeras que hacían rumbo hacia Nápoles ó hacia Civita-Vechia, y vestido del blanco hábito, midió muy luego el espacio inmenso, entre evocaciones sublimes de otro arte gigantesco.

Tocó en la costa de Levante; no se dice si aportó á Nápoles, donde medraban los ingenios y se sucedían las envidias de los discípulos de Caravaggio, del egoista Ribera, de Correnzio y Caracciolo; mas sí se dice que llegó á Roma sin fijarse itinerario.

Y, ya en la ciudad eterna, con el talante del peregrino y la pasión de artista, dió pábulo y ancha vena á su viril fantasía. Roma, que por un privilegio, nunca despues descuido, era en religión doctora y en el arte maestra, no era entónces la

vasta escuela del periodo rafaesco; pero sí el museo permanente de los mejores modelos y de las tradiciones más bellas y del más alto criterio en las esferas del arte. Los *eclécticos* tenían en ella su escuela, que luchaba con ventajas— hasta provocar excesos— con el naturalismo de Nápoles y con el barroquismo naciente. Había allí un calor sagrado, un fuego de lucha candente, una pasión y entusiasmo que, aunque degenerados— porque amenguaban los altos móviles y crecía la pasión bastarda— debieron de imponer y entusiasmar al pintor advenedizo. Formóse Juncosa un estilo propio, maestro en manejar el pincel, vigoroso en el color, que á la manera de los *realistas* empleaba en abundancia; vasto en la concepción de las escenas sagradas, y natural y agradable, cuando no correctísimo en la forma y el dibujo; admirando su fantasía y ocupando su atrevimiento.

De regreso á su antigua patria, á vuelta de algunos años, y á su celda de *Scala Dei*, trajo con sus elementos cierta severidad *ecléctica* y grandiosidad imponente de la escuela de los Caracci, y casi puede decirse de la majestad conventual, que parecían aprendidas del Dominiquino y el Guercino; en las gracias del Guido, de Sassoferrato y Carlo Dolci. Lanzó entónces una mirada esquiva de menosprecio y olvido á cuanto pintó años ántes, y acometió la empresa de cubrir con obras las paredes del monasterio; y con su exuberante ingenio llenó de portentosos lienzos las Cartujas de Montalegre y de Valldemosa en Mallorca. Tocó muchas veces á lo bello el viril trazo de su pincel, rayó otras en lo magnífico, y casi siempre en lo grandioso.

J. FONTANALS DEL CASTILLO

(Se concluirá.)

Se ha acordado la erección en Nápoles de un gran Museo de Bellas Artes aplicadas á la Industria.

El día 1.º de Abril se inaugurará en Colonia la estatua colosal del príncipe Bismarck.